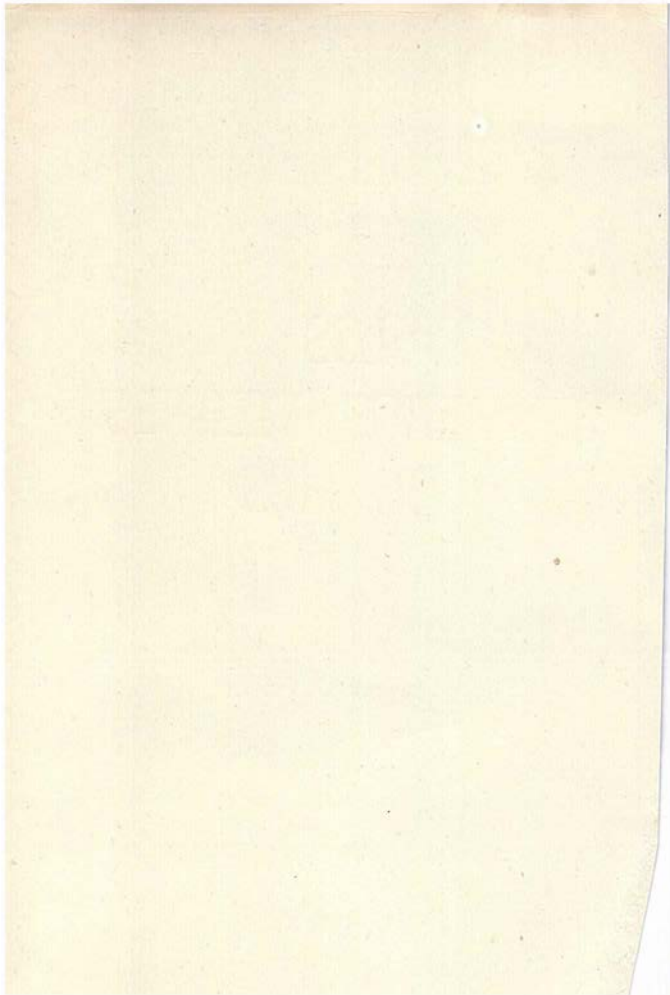


P. SILVERIO DE ZORITA

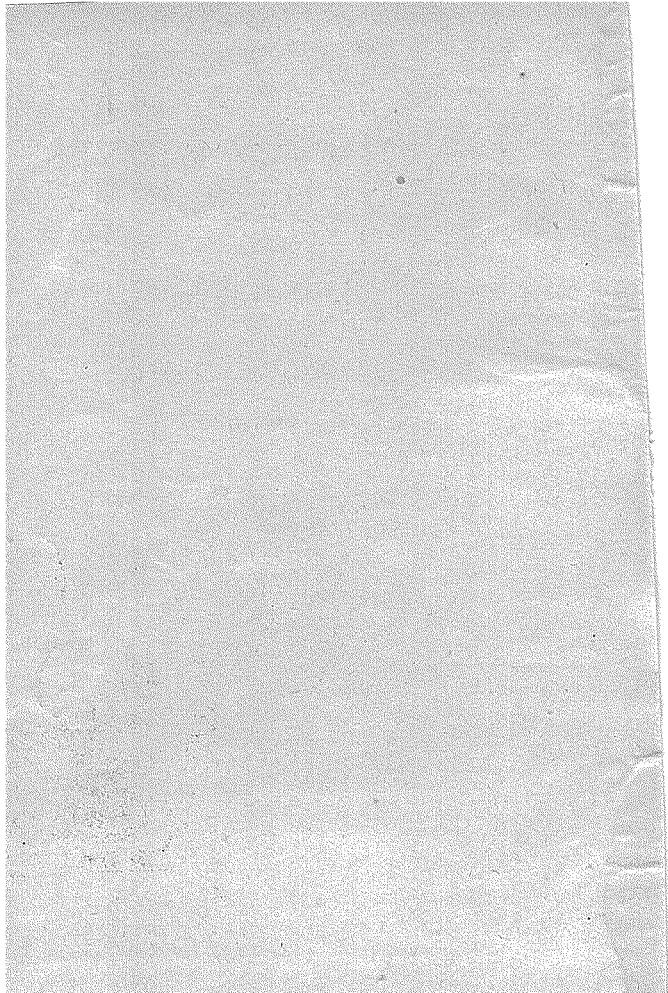
LOS
PRIMEROS VIERNES
DE MES

MADRID

1. 9. 5. 0



70

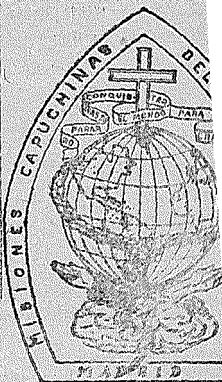


LOS PRIMEROS VIERNES DE MES

POR EL

R. P. Silverio de Zorita

Capuchino



Nihil Obstat.

FR. BUENAVENTURA DE CARROCERA.

O. F. M. Cap.

Censor

Imprimi potest.

FR. JOSE M.^o DE CHANA, O. F. M. Cap.

Min. Prov.

Madrid, 29 de mayo de 1948

Nihil Obstat.

Lic. ABILIO RUIZ

Censor

Imprimi potest.

CASIMIRO, Obispo auxiliar y Vic. general

Madrid, 7 de septiembre de 1949

AL LECTOR

Aquí tienes, lector piadoso, este librito que he compuesto para ti. No importa la posición social a que pertenezcas: para mí eres devoto del Corazón de Jesús, y esto me basta para presentártelo. En mi descargo te digo que no es el único que encontrarás de esta materia, pero me alegraría que éste fuese el primero que cayese en tus manos y, sobre todo, el que más te agradase.

Desde que el Divino Corazón se manifestó a su afortunada confidente Santa Margarita María Alacoque, muchos han sido los libros que han propagado esta

devoción, y hoy se puede decir, con gran consuelo, que son innumerables los cristianos que practican el ejercicio de los **PRIMEROS VIERNES**. Para facilitar-te esta práctica, tan recomendable y tan provechosa, he escrito este libro.

Como verás, apenas le abras, está dividido en dos partes. La primera comprende el ejercicio de la mañana: Ofrecimiento de Obras, Santa Misa y Sagrada Comunión. La segunda, comprende el de la tarde: Ejercicio Eucarístico y Consagración al Divino Corazón. A la primera la he llamado **ACCION DE GRACIAS**, y a la segunda, **DES-AGRAVIO**.

En la Santa Misa me he apartado del antiguo plan de devocionario, que consistía en poner en cada parte de la Misa una oración más o menos dulzona, y he preferido copiar el texto litúrgico de la Misa de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, tal como está en el Misal. Al final de esta primera parte he añadi-

do algunas oraciones clásicas para las personas que dispongan de tiempo y deseen servirse de ellas. En la segunda he procurado que las meditaciones sean de temas interesantísimos, y, por desgracia, pocas veces tratados en libros de esta índole. ¡Ojalá sean de tu agrado! Al final de cada meditación va un pequeño Coloquio.

Y nada más, piadoso lector. ¡Quiera el Divino Corazón de Jesús bendecir este librito y mediante él extender cada día más y más el suave reinado de su Divino Corazón!

Ofrecimiento de las obras del día

Apenas despiertes, procura hacer la señal de la Cruz con toda devoción, y además de las oraciones que tengas de costumbre, dí ésta al Sagrado Corazón.

Divino Corazón de Jesús, sea mi primer pensamiento en este día para Ti. Tú me acabas de conceder liberalmente este nuevo día y a Ti te lo consagro. Líbrame en él de toda imperfección, de todo lo que te desagrade, y haz que te sirva durante él con la mayor fidelidad que me sea posible.

Pongo por Mediadora a tu Santísima Madre y mía, la Santísima Virgen, al Santo Patriarca San José, a mi Santo Ángel de la Guarda y a todos los Santos

que más os amaron en la tierra y os siguen amando en el cielo. Que este primer viernes de mes sea para mí lleno de bienes espirituales y principio de los bienes eternos que por tu misericordia espero un día gozar. Amén.

Mientras te aseas y preparas para ir a la iglesia, procura fomentar el deseo de amarle sin medida y de ser verdadero devoto del Sagrado Corazón. Una vez en la iglesia, toma agua bendita con gran devoción, adora a Jesús oculto en el Sagrario y prepárate para oír la Santa Misa. Es el acto más grande de nuestra religión; asiste a ella como si estuvieses en el Monte Calvario viendo expirar al Señor. Antes de comenzar la Santa Misa ofrécela al Eterno Padre con la siguiente oración:

Oración

¡Oh Padre eterno! Uniéndome a las intenciones y a los afectos que tuvo María Santísima Dolorosa en el monte

Calvario, os ofrezco el sacrificio que de sí mismo hizo vuestro amantísimo Hijo Jesús en la Cruz y que ahora renueva sobre este santo altar.

Primero. Para adoraros y tributaros el honor que merecéis, confesando en Vos el supremo dominio sobre todas las cosas, su dependencia absoluta de Vos y reconociéndoos como nuestro único y último fin.

Segundo. Para daros gracias por los innumerables beneficios recibidos.

Tercero. Para aplacar vuestra justicia irritada por tantos pecados y daros digna satisfacción.

Cuarto. Para implorar vuestra gracia y misericordia por mí, por N. (1), por los afligidos y atribulados; por los pobres pecadores, por todo el mundo y por las almas benditas del Purgatorio. Amén.

(1) Aquí pide por las personas vivas y difuntas por quienes tengas más obligación.

SANTA MISA

Sacerdote.—En el nombre ✠ del Padre, y del ✠ Hijo, y del Espíritu ✠ Santo. Amén.

Me acercaré al altar de Dios.

Ministro.—*Al Dios que llena mi juventud de regocijo.*

Salmo XLII, 1-15.

S.—Júzgame, Dios mío, y separa mi causa de la nación que no es santa. Líbrame del hombre injusto y engañoso.

M.—*Pues si tú eres, Dios, mi fortaleza, ¿por qué me has desechado? ¿Y por qué camino yo con semblante triste cuando mi enemigo me aflige?*

S.—Derrama en mí tu luz y tu verdad; ellas me condujeron y me llevaron a tu monte santo y a tus tabernáculos.

M.—*Y me acercaré al altar de Dios.
al Dios que llena mi juventud de re-
gocijo.*

S.—Cantaré tus alabanzas al son de
la cítara, oh Dios, oh Dios mío. Alma
mía, ¿por qué estás triste? ¿Por qué
me conturbas?

M.—*Espera en Dios; porque aún le
entonaré alabanzas, pues El es la salva-
ción y la luz de mi rostro y mi Dios.*

S.—Gloria al Padre, y al Hijo, y al
Espíritu Santo.

M.—*Como era en el principio, ahora
y siempre en los siglos de los siglos.
Amén.*

S.—Me acercaré al altar de Dios.

M.—*Al Dios que llena mi juventud
de regocijo.*

S.—Nuestro auxilio está en el nom-
bre del Señor.

M.—*Que hizo el cielo y la tierra.*

S.—Yo pecador, me confieso a Dios
Todo poderoso, a la bienaventurada
siempre Virgen María, al bienaventura-

do San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los santos y a vos Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa.

Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado san Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a todos los santos, y a vos Padre, que roguéis por mí a Dios Nuestro Señor.

M.—*El Señor Dios Todopoderoso tenga misericordia de ti, te perdone tus pecados y te conduzca a la vida eterna.*

S.—Amén.

(*Aquí el ministro o monaguillo dice el "Yo pecador"; procura tú también recitarlo con el mayor arrepentimiento.*)

S.—El Señor Dios Todopoderoso

tenga misericordia de vosotros y, perdonados vuestros pecados, os conduzca a la vida eterna.

M.—*Amén.*

S.—El Señor Dios Todopoderoso y misericordioso nos conceda indulgencia, absolución y perdón de nuestros pecados.

M.—*Amén.*

S.—Dios mío, si nos vuelves tu rostro, nos darás vida nueva.

M.—*Y tu pueblo se regocijará en Ti.*

S.—Señor, muéstranos tu misericordia.

M.—*Y danos tu Salvador.*

S.—Señor, oye mi oración.

M.—*Y llegue a ti mi clamor.*

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—*Y con tu espíritu.*

S.—Te suplicamos, Señor, que nos perdones y apartes de nosotros nuestras iniquidades para que podamos llegar al Santo de los Santos con alma pura. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Te suplicamos, Señor, por los méritos de los Santos, cuyas reliquias yacen aquí, y de todos los Santos, te dignes perdonarme todos mis pecados. Amén.

Intróito

(*Salmo XXXII, 11-19.*)

Los designios de su Corazón subsisten de generación en generación: para librar las almas de la muerte y sustentarlas en tiempo de hambre.

Regocijáos, justos, en el Señor. A los rectos de corazón les está bien el alabarle.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, etc.

Los designios de su Corazón subsisten de generación en generación; para librar las almas de la muerte y sustentarlas en tiempo de hambre.

Kyries

S.—Señor, ten piedad de nosotros.

M.—*Señor, ten piedad de nosotros.*

S.—Señor, ten piedad de nosotros.

M.—*Cristo, ten piedad de nosotros.*

S.—Cristo, ten piedad de nosotros.

M.—*Cristo, ten piedad de nosotros.*

S.—Señor, ten piedad de nosotros.

M.—*Señor, ten piedad de nosotros.*

S.—Señor, ten piedad de nosotros.

Gloria

Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Te alabamos; te bendecimos; te adoramos; te glorificamos; te damos gracias por tu gloria infinita. Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre Todopoderoso; Señor, Hijo unigénito Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que quitas los

pecados del mundo, ten misericordia de nosotros; que quitas los pecados del mundo, recibe nuestras súplicas; que estás sentado a la diestra del Padre, ten Piedad de nosotros. Porque tú sólo eres Santo, tú sólo Señor, tú sólo Altísimo Jesucristo. Con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—*Y con tu espíritu.*

Oración

¡Oh Dios!, que en el Corazón de vuestro Hijo, herido por nuestros pecados, nos prodigásteis misericordiosamente los tesoros infinitos de vuestro amor, concedednos, os rogamos, que presentándole el devoto obsequio de nuestra piedad, cumplamos también con el deber de una digna satisfacción. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo. Amén.

Epístola

(*Efesios, III, 8-19.*)

Hermanos: A mí, el más inferior de todos los santos, se me dió esta gracia de anunciar entre los gentiles las riquezas investigables de Cristo, y de ilustrar a todos los hombres, descubriéndoles la dispensación del misterio que después de tantos siglos había estado en el secreto de Dios, creador de todas las cosas, con el fin de que en "la formación" de la Iglesia se manifieste a los principados y potestades en los cielos la sabiduría de Dios en los "admirables" y diferentes modos de su conducta, según el eterno designio, que puso en ejecución por medio de Jesucristo nuestro Señor, por quien mediante su fe tenemos segura confianza y acceso libre "a Dios". Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio y la cabeza de toda "esta gran" familia que

está en el cielo y sobre la tierra, para que, según las riquezas de su gloria, os conceda, por medio de su Espíritu, el ser fortalecidos en virtud en el hombre interior; y el que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad, a fin de que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la alteza, y profundidad “de este misterio”, y conocer también aquel amor de Cristo “hacia nosotros” que sobrepuja a todo conocimiento, para que seáis plenamente colmados de Dios.

M.—*Gracias a Dios.*

Gradual

(Salmo XXIV, 8-9.)

El Señor es bondadoso y justo; por esto enseña a los pecadores el camino. Conducirá por la justicia a los mansos y mostrará sus sendas a los humildes.

Aleluya, aleluya. (S. Mateo, XI, 29.)
Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón y hallaréis el sosiego para vuestras almas. Aleluya.

En las Misas votivas y después de Septuagésima, en vez de Aleluya se dice:

Tracto

(Salmo CII, 8-10.)

El señor es misericordioso y compasivo, tardo en airarse y de gran misericordia. No estará para siempre enojado, ni nos amenazará perpetuamente. No nos trató según "merecían" nuestros pecados, ni nos dió el castigo "debido" a nuestras iniquidades.

En Tiempo Pascual, omitido el Gradual y el Tracto, se dice:

Aleluya, Aleluya

(S. Mateo, XI, 29 y 28.)

Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el sosiego para vuestras almas. Aleluya.

Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas que yo os aliviaré. Aleluya.

Evangelio

(S. Juan, XIX, 31-37.)

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—Y con tu espíritu.

S.—Continuación del Santo Evangelio, según S. Juan.

M.—Gloria a ti, Señor.

En aquel tiempo: Los judíos, como era día de preparación, "o viernes", para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado, que cabalmente era aquel

un sábado solemne, suplicaron a Pilato que se les quebrasen las piernas a los crucificados y los quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas del primero y del otro que había sido crucificado con El. Mas, al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y, al instante, salió sangre y agua. Y quien lo vió es el que lo asegura, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis. Pues estas cosas sucedieron en cumplimiento de la Escritura: No le quebrantaréis ni un hueso; y el otro lugar de la Escritura que dice: Dirigirán sus ojos hacia Aquel a quien traspasarán.

M.—*Alabanza a ti, Jesucristo.*

S.—Sean borrados nuestros pecados por el Santo Evangelio que se ha leído.

Credo

Creo en un solo Dios, Padre [†]Todo-
poderoso, Creador del cielo y de la
tierra, de todas las cosas visibles e in-
visibles. Y en un solo Señor Jesucristo,
Hijo unigénito de Dios. Y nació del
Padre antes de todos los siglos. Dios de
Dios, luz de luz, verdadero Dios de
Dios verdadero: engendrado, no hecho;
consustancial al Padre, por quien han
sido hechas todas las cosas. Que por
nosotros los hombres, y por nuestra
salvación bajó de los cielos. Y tomó
*carne de la Virgen María por obra del
Espíritu Santo y se hizo Hombre.* Cru-
cificado también por nosotros, padeció
bajo el poder de Poncio Pilato, y fué
sepultado. Y resucitó al tercer día, se-
gún las Escrituras. Y subió al cielo, está
sentado a la diestra del Padre. Y ven-
drá segunda vez, lleno de gloria, a juz-
gar a los vivos y a los muertos, cuyo
reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu

Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo: que, juntamente con el Padre y el Hijo, es adorado y glorificado: que habló por los profetas. Creo en la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica. Confieso un solo Bautismo para el perdón de los pecados; y espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero. Amén.

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—Y con tu espíritu.

Ofertorio

(Salmo, 68. 21.)

Esperó mi corazón el insulto y la miseria, y aguardé a quien de mí se condoliese, y no lo hubo; busqué quien me consolase, y no le hallé.

En tiempo Pascual, y en las Misas votivas, se dice el siguiente:

No quisiste holocaustos, ni sacrifi-

cios, por el pecado. Dije entonces: He aquí que vengo. En el principio del libro está de mí escrito que debo yo cumplir vuestra voluntad; así lo he deseado, Dios mío; vuestra ley está en medio de mi corazón. Aleluya.

(*Salmo XXXIX, 7-9.*)

Ofrecimiento de la Hostia

Recibe ¡oh Padre Santo!, Dios Todopoderoso y eterno, esta Hostia inmaculada que te ofrezco yo, tu siervo indigno, a Ti, Dios mío y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los que se hallan aquí presentes; y también por todos los fieles cristianos vivos y difuntos, para que a mí y a ellos nos aproveche para la salvación en la vida eterna. Amén.

Bendición del agua

¡Oh Dios!, que admirablemente has criado la dignidad de la humana naturaleza y más maravillosamente la has reparado; danos, Señor, por el misterio que representa la mezcla de este agua y vino, la gracia de ser participantes de la Divinidad de aquel que se dignó hacerse partícipe de nuestra humanidad, Jesucristo, Hijo tuyo, Señor nuestro, el que, siendo Dios, vive y reina contigo, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Ofrecimiento del Cáliz

Te ofrecemos, Señor, el cáliz de salud y suplicamos a tu clemencia que suba en presencia de tu Divina Majestad con olor de suavidad, para nuestra salvación y la de todo el mundo. Amén.

Recíbenos, Señor, con espíritu humilde y corazón contrito; y haz que nuestro sacrificio en este día llegue a tu presencia, de modo que sea de tu agrado, ¡oh Señor Dios!

Ven, ¡oh Santificador, Dios todopoderoso y eterno!, y bendice este sacrificio preparado para gloria de tu santo nombre.

Al lavarse las manos el sacerdote

(Salmo XXV.)

Lavaré mis manos entre los inocentes, y cercaré tu altar, Señor, para escuchar todas tus alabanzas y cantar todas tus maravillas.

Señor, he amado el decoro de tu casa y el lugar donde reside tu gloria. No pierdas, Dios mío, mi alma con los impíos, ni mi vida con los hombres sanguinarios, cuyas manos están llenas de

injusticias y cuya diestra está colmada de sobornos.

Pero yo he caminado en la inocencia; líbrame y ten misericordia de mí.

Mi pie ha permanecido en el camino recto; yo te bendeciré, Señor, en las asambleas.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

Súplica a la Santísima Trinidad

Aceptad, ¡oh Trinidad santa!, esta ofrenda que os presentamos en memoria de la pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo Señor nuestro; y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María, y del bienaventurado San Juan Bautista, y de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, y de éstos, y de todos los santos; para que redunde en

gloria suya y provecho nuestro, y se dignen interceder por nosotros en el cielo los mismos cuya memoria veneramos en la tierra. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

Orate, fratres

Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea acepto a Dios Padre omnipotente.

M.—*El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre y también para utilidad nuestra, y de toda su santa Iglesia.*

S.—Amén.

Secreta

Mirad, Señor, la inefable caridad del Corazón de vuestro amado Hijo, a fin de que el don que os ofrecemos os sea

acepto y sirva para expiación de nuestros pecados. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo...

Prefacio

S.—Por todos los siglos de los siglos.
—*Amén.*

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—*Y con tu espíritu.*

S.—Arriba los corazones.

M.—*Los tenemos puestos en el Señor.*

S.—Demos gracias al Señor Dios nuestro.

M.—*Es digno y justo.*

S.—Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, os demos gracias en todo tiempo y lugar, Señor Santo, Padre todopoderoso, Dios eterno; que quisiste que vuestro Unigénito, pendiente de la Cruz, fuera traspasado por la lanza del soldado, a fin

de que, abierto el Corazón, manantial de la divina munificencia, manase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia, y el que jamás cesó de arder en nuestro amor fuese descanso de los fieles y refugio siempre abierto a los arrepentidos.

Y por tanto, con los Angeles y Arcángeles, con los Tronos y Dominaciones, y con toda la milicia de los ejércitos celestiales, cantamos un himno a vuestra gloria, diciendo sin cesar:

Sanctus

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. ¡Hosana en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas!

CANON DE LA MISA

Os rogamos, pues, y humildemente os pedimos, clementísimo Padre, por Jesucristo, vuestro Hijo, nuestro Señor, que aceptéis y bendigáis estos ✠ dones, estos ✠ presentes, estos ✠ santos y puros sacrificios que os ofrecemos en primer lugar, por vuestra santa Iglesia Católica, a fin de que os dignéis pacificarla, guardarla, mantenerla en unidad y gobernarla en toda la redondez de la tierra; juntamente con vuestro siervo, nuestro Papa N. y nuestro Obispo N. y todos los ortodoxos que profesan la fe católica y apostólica.

Memento de los vivos

Acordaos, Señor, de vuestros siervos y siervas N. y N. y de todos los circunstantes, cuya fe y devoción os son conocidas, por los cuales os ofrecemos,

o ellos mismos os ofrecen, este sacrificio de alabanza, para sí y todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación e incolumidad, y que presentan sus oblationes a Vos, Dios eterno, vivo y verdadero.

Participando de una misma comunión, y venerando la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, Dios y Señor nuestro; y asimismo la de los bienaventurados Apóstoles y Mártires, Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y de todos vuestros santos por cuyos méritos y ruegos concedednos que en todos seamos fortalecidos con el auxilio de vuestra protección. Por el mismo Cristo, Señor nuestro. Amén.

Os rogamos, pues, oh Señor, aceptéis

propicio esta ofrenda de vuestros siervos y de toda vuestra familia, y dispongáis en paz nuestra vida, y nos libréis de la condenación eterna, y contéis en el número de vuestros escogidos. Por Cristo Señor nuestro. Amén.

Os suplicamos, oh Dios, que en todo os dignéis bendecir esta ofrenda, admitirla, ratificarla y aceptarla, a fin de que se convierta para nosotros en el Cuerpo y Sangre de vuestro amadísimo Hijo, Señor nuestro Jesucristo.

Consagración

Quien, el día antes de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos y, elevando los ojos al cielo, a Vos, Dios Padre suyo omnipotente, dándoos gracias, lo bendijo, partió y dió a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él:

Porque esto es mi Cuerpo.

De la misma manera, después que cenó, tomando también este glorioso cáliz en sus santas y venerables manos, dándoos igualmente gracias, lo bendijo, y dió a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él:

Pues éste es el cáliz de mi sangre, del nuevo y eterno Testamento, misterio de fe; que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados.

Cuantas veces hiciéreis estas cosas, las haréis en memoria mía.

Por esto, Señor, recordando nosotros a vuestros siervos y asimismo vuestro santo pueblo, la bienaventurada Pasión del mismo Cristo, vuestro Hijo, Señor nuestro, y su resurrección del seno de la tierra, como también su gloriosa ascensión a los cielos, ofrecemos a vues-

tra soberana majestad, de vuestros dones y presentes, la Hostia ✠ pura, Hostia ✠ santa, Hostia ✠ inmaculada, el Pan ✠ santo de vida eterna y el Cáliz ✠ de salud perpetua.

Dignaos mirar estos dones con rostro sereno y propicio; y aceptarlos, como os dignásteis aceptar los de vuestro siervo el justo Abel, y el sacrificio de Abrahán, nuestro Patriarca, y el que os ofreció Melquisedech, vuestro Sumo Sacerdote; santo Sacrificio, Hostia inmaculada.

Humildemente os suplicamos, Dios omnipotente, mandéis sean llevadas estas ofrendas, por manos de vuestro ángel, a vuestro sublime altar, ante el acatamiento de vuestra divina Majestad; a fin de que, cuantos participando de este altar, recibiéremos el Cuerpo y la Sangre de vuestro Hijo, seamos colmados de toda bendición celestial y de toda gracia. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

Memento de los difuntos

Acordáos también, Señor, de vuestros sirvos y siervas N. y N., que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz.

A estos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, os rogamos les concedáis indulgente el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

También a nosotros pecadores, siervos vuestros, que esperamos en la multitud de vuestras misericordias, dignaos hacernos partícipes y compañeros de vuestros santos Apóstoles y Mártires: de Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicidad, Perpetua, Agueda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y de todos vuestros santos, en cuya compañía os rogamos nos admitáis, no atendiendo al mérito, sino a la largueza del perdón. Por Cristo nuestro Señor.

Por quien, Señor, siempre creáis estos bienes, los santificáis, vivificáis, bendecís y nos los concedéis.

Por El, y con El, y en El, a Vos, Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo es todo honor y gloria.

Por todos los siglos de los siglos.
M.—*Amén.*

S.—*Oremos.* Aleccionados por los saludables preceptos y siguiendo la norma de la institución divina, osamos decir:

Padrenuestro

Padre nuestro que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre; venga a nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Y no nos dejes caer en la tentación.
Mas líbranos de mal.

M. *Amén.*

Líbranos, señor, os rogamos, de todos nuestros males pasados, presentes y futuros; y, por intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios, y de vuestros Apóstoles Pedro y Pablo, y Andrés, y de todos los santos, dad propicia paz a nuestros días: para que, asistidos con el auxilio de vuestra gracia, nos veamos siempre libres del pecado y exentos de toda perturbación.

Por el mismo Jesucristo vuestro Hijo, Señor nuestro, que con Vos vive y reina en unión del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos.

M.—*Amén.*

S.—La paz  del Señor sea 
siempre con vos  otros.

M.—*Y con tu espíritu.*

S.—Esta unión y consagración del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Je-

sucristo aproveche a los que vamos a recibirla para la vida eterna. Amén.

Agnus Dei

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, dadnos la paz.

Oraciones antes de la Comuni3n

¡Oh Se1or Jesucristo!, que dijisteis a vuestros Ap3stoles: La paz os dejo, mi paz os doy; no repar3is en mis pecados, sino en la fe de vuestra Iglesia, y, seg3n vuestra voluntad, dign3os pacificarla y unirla; Vos, que siendo Dios, viv3s y rein3is por los siglos de los siglos. Am3n.

¡Oh Señor Jesucristo!, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, vivificaste al mundo con vuestra muerte: libradme por este sacrosanto Cuerpo y Sangre de todas mis iniquidades y males; y haced que sea siempre fiel a vuestros mandamientos y no permitáis me separe jamás de Vos, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

La participación de vuestro cuerpo, oh Señor Jesucristo, que yo indigno me atrevo a recibir, no me sea motivo de juicio y condenación antes, por vuestra piedad, me aproveche como remedio para el alma y cuerpo y de saludable medicina. Vos que vivís y reináis con Dios Padre en unión del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Recibiré el Pan celestial, e invocaré el nombre del Señor.

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi morada; mas decid una sola

palabra y quedará sana mi alma. (*Se repite tres veces.*)

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

¿Qué retornaré al Señor por todo lo que me ha dado? Tomaré el Cáliz de salvación e invocaré el nombre del Señor. Alabando invocaré al Señor y me verá libre de mis enemigos.

La Sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.

Aquí tiene lugar la comunión de los fieles. Acércate reverente al altar y procura revestirte de las disposiciones que tendría la Santísima Virgen y los mayores santos, y pídeles con fervor imitarles. Terminada la comunión, el sacerdote continúa:

Lo que hemos recibido con la boca, haced, Señor, lo conservemos con co-

razón puro; y que el don temporal se nos convierta en remedio sempiterno.

Vuestro Cuerpo que he tomado, oh Señor, y vuestra Sangre que he bebido, se unan a mis entrañas, y concedme que no queden resabios de pecado en mí, que me he nutrido de tan puros y santos sacramentos. Vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

Comunión

Uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua. (*S. Juan, 19, 34.*)

En tiempo Pascual y en las Misas votivas se dice la siguiente:

Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Aleluya, aleluya. (*S. Juan, 7, 37.*)

Poscomunión

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—Y con tu espíritu.

S.—*Oremos.* Vuestros santos misterios, oh Señor Jesús, infundan en nosotros el divino fervor, a fin de que, gustada la dulzura de vuestro Corazón, aprendamos a despreciar lo terreno y amar lo celestial. Que vives y reinas...

S.—El Señor sea con vosotros.


M.—*Y con tu espíritu.*

S.—Id; la Misa ha terminado.

M.—*A Dios gracias.*

S.—Plázcaos, oh Trinidad Santa, el obsequio de mi servidumbre y haced que el sacrificio que, indigno he ofrecido ante vuestra Divina Majestad, os sea acepto y que, vuestra misericordia, sea propiciatorio para mí y para cuantos lo he ofrecido.

Bendición

Bendígaos Dios omnipotente, Padre, Hijo  y Espíritu Santo.

M.—*Amén.*

Ultimo Evangelio

S.—El Señor sea con vosotros.

M.—*Y con tu espíritu.*

S.—Principio del Santo Evangelio, según San Juan.

M.—*Gloria a Vos, Señor.*

S.—En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. El estaba en principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas y sin El nada se hizo de cuanto fué hecho. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron. Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan; éste vino a ser testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. El no era la luz, mas era enviado para dar testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, el mundo

por El fué hecho, y el mundo no le conoció. Vino a su casa, y los suyos no le recibieron. Pero dió el poder de ser hechos hijos de Dios a todos cuantos le recibieron, a cuantos creen en su nombre. Los cuales no han nacido de la sangre, ni de voluntad de la carne, ni del querer del hombre, sino de Dios. Y EL VERBO SE HIZO CARNE Y HABITO ENTRE NOSOTROS y vimos su gloria, gloria tal como la del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

M.—*A Dios gracias.*

(Aquí el sacerdote reza tres Avemarías y una Salve.)

ORACIONES FINALES

S.—Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

M.—*Para que seamos dignos de las promesas de Cristo.*

S.—*Oración.* Oh Dios, nuestro refugio y fortaleza; mirad propicio al pueblo que clama a Vos, e intercediendo la gloriosa e inmaculada Virgen María Madre de Dios, con el bienaventurado San José, su esposo, y vuestros bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y todos los santos, escuchad misericordioso y benigno las súplicas que os dirigimos por la conversión de los pecadores y la libertad y exaltación de la Santa Madre Iglesia. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Amén.

Arcángel San Miguel, defendednos en la batalla, sed nuestro amparo contra la maldad e insidias del demonio. Reprímalo Dios, pedimos suplicante, y Vos, príncipe de las milicias celestiales, echad al infierno, con el divino poder, a Satanás con los demás espíritus ma-

lignos que vagan por el mundo para
perdición de las almas. Amén.

S.—Corazón Sacratísimo de Jesús.
(Tres veces.)

M.—*Apiadáos de nosotros.* (Tres
veces.)

ORACIONES

PARA DESPUES DE COMULGAR

Oración a Jesús Crucificado

Miradme, oh mi amado y buen Jesús, postrado en vuestra santísima presencia; os ruego con el mayor fervor imprimáis en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y propósito firmísimo de enmendarme, mientras que yo, con todo el amor y con toda la compasión de mi alma, voy considerando vuestras cinco llagas, teniendo presente aquello que dijo de Vos el santo profeta David: *Han taladrado*

mis manos y mis pies y se pueden contar todos mis huesos.

(Indulgencia plenaria rezándola delante de un Crucifijo después de comulgar):

Alma de Cristo

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, confórtame.
Oh buen Jesús, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me separe de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame venir a Ti.
Para que con tus ángeles y santos
Te alabe por los siglos de los siglos.
[Amén.]

Oración de San Buenaventura

Traspasád, dulcísimo Jesús mío, lo más profundo de mi alma con el suavísimo y saludable dardo de vuestro amor, con el dardo de una verdadera y pura caridad, tal como la que llenaba el corazón de los Santos Apóstoles, a fin de que desfallezca y se derrita sólo en amor hacia Vos y deseo de poseeros. Que arda en deseos de Vos, que desfallezca en los atrios de vuestro templo, y que no aspire más que a verse libre para unirse con Vos, ¡oh Pan de los Angeles!, alimento de las almas santas, pan nuestro cotidiano, lleno de fuerza, de dulzura y de suavidad, que a cuantos con él se nutren hace sentir las delicias de su sabor. ¡Oh Jesús!, a quien los ángeles desean contemplar siempre, conceded que mi corazón tenga hambre de Vos, se alimente de Vos, y lo más profundo de mi alma sea regalado con la dulzura de vuestras delicias. Que mi co-

razón tenga siempre sed de Vos, ¡oh fuente de mi vida!, manantial de alegría, mi descanso, mi tranquilidad, mi paz y mi suavidad, el perfume de mi alma, mi dulzura, mi refugio y mi sostén, mi ayuda, mi sabiduría, mi herencia, mi bien, mi tesoro. Que en Vos solo, oh Jesús, mi espíritu y mi corazón estén siempre fijos, afianzados y sólidamente arraigados. Amén.

Quince minutos en presencia de Jesús Sacramentado

No es preciso, hijo mío, saber mucho para amarme mucho; basta que me ames con fervor. Háblame, pues, aquí sencillamente, como hablarías al más íntimo de tus amigos, como hablarías a tu madre, a tu hermano.

¿Necesitas hacerme en favor de alguien una súplica cualquiera?

Dime su nombre, bien sea el de tus padres, bien el de tus hermanos y ami-

gos; dime en seguida qué quisieras que hiciese actualmente por ellos. Pide mucho, mucho, no vaciles en pedir; me gustan los corazones generosos, que llegan a olvidarse en cierto modo de sí mismos para atender a las necesidades ajenas. Háblame así con sencillez, con llaneza, de los pobres a quienes quisieras consolar; de los enfermos a quienes ves padecer; de los extraviados; de los amigos ausentes que quisieras ver otra vez a tu lado. Dime por todos una palabra de amigo, palabra entrañable y fervorosa. Recuérdame que he prometido escuchar toda súplica que salga del corazón, ¿y no ha de salir del corazón el ruego que me dirijas por aquellos que tu corazón especialmente ama?

¿Y para ti, no necesitas alguna gracia?

Hazme, si quieres, una como lista de tus necesidades y ven, léela en mi presencia.

Dime francamente que sientes soberbia, amor a la sensualidad y al regalo, que eres tal vez egoísta, inconstante, negligente... y pídemelo luego que venga en ayuda de los esfuerzos, pocos o muchos, que haces para sacudir de encima de ti tales miserias.

¡No te avergüences, pobre alma!
¡Hay en el cielo tantos justos, tantos santos de primer orden que tuvieron esos mismos defectos!... Pero rogaron con humildad... y poco a poco se vieron libres de ellos.

Ni menos vaciles en pedirme bienes espirituales y corporales: salud, memoria, éxito feliz en tus trabajos, negocios o estudios; todo eso puedo darte y lo doy, y deseo que me los pidas en cuanto no se oponga, antes favorezca y ayude, a tu santificación. Hoy ¿qué necesitas? ¿Qué puedo hacer por tu bien? ¡Si supieras los deseos que tengo de favorecerte!

¿Traes ahora mismo entre manos algún proyecto?

Cuéntamelo todo minuciosamente. ¿Qué te preocupa? ¿Qué piensas? ¿Qué deseas? ¿Qué quieres que haga por tu hermano, por tu hermana, por tu superior? ¿Qué desearías hacer por ellos?

¿Y por Mí? ¿No sientes deseos de mi gloria? ¿No quisieras hacer algún bien a tus prójimos, a tus amigos, a quienes amas mucho y que viven quizá olvidados de Mí?

Dime qué cosa llama hoy particularmente tu atención, qué anhelas más vivamente y con qué medios cuentas para conseguirlo. Dime si te sale mal tu empresa y yo te diré la causa del mal éxito. ¿No quisieras que me interesase algo en tu favor? Hijo mío, soy dueño de los corazones y dulcemente los llevo sin perjuicio de su libertad, a donde me place.

¿Sientes acaso tristeza o mal humor?

Cuéntame, cuéntame, almo desconsolada, tus tristezas, con todos sus pormenores. ¿Quién te hirió? ¿Quién lastimó tu amor propio? ¿Quién te ha despreciado? Acércate a mi Corazón, que tiene bálsamo eficaz para curar todas esas heridas del tuyo. Dame cuenta de todo, y acabarás en breve por decirme que, a semejanza de Mí, todo lo perdonas, todo lo olvidas, y en pago recibirás mi consoladora bendición.

¿Temes, por ventura? ¿Sientes en tu alma aquellas vagas melancolías que, no por ser infundadas, dejan de ser desgarradoras? Echate en brazos de mi Providencia. Contigo estoy, aquí a tu lado me tienes, todo lo veo, todo lo oigo, ni un momento te desamparo.

¿Sientes desvío de parte de personas que antes te quisieron bien, y ahora, olvidadas, se alejan de ti sin que les haya dado el menor motivo? Ruega

por ellas, y yo las volveré a tu lado, si no han de ser obstáculo a tu santificación.

¿Y no tienes tal vez alguna alegría que comunicarme?

¿Por qué no me haces partícipe de ella, a fuer de buen amigo?

Cuéntame lo que desde ayer, desde la última visita que me hiciste, ha consolado y hecho como sonreír tu corazón. Quizá has tenido agradables sorpresas, quizá has visto disipados negros recelos, quizá has recibido agradables noticias, alguna carta o muestra de cariño; has vencido alguna dificultad, o salido de algún lance apurado. Obraría es todo esto, y yo te lo he proporcionado. ¿Por qué no has de manifestarme por ello tu gratitud y decirme sencillamente, como hijo a su padre: *Gracias, Padre mío, gracias.*

El agradecimiento trae consigo nue-

vos beneficios, porque al bienhechor le agrada verse correspondido.

¿Tampoco tienes alguna promesa que hacerme?

Leo, ya lo sabes, en el fondo de tu corazón. A los hombres se les engaña fácilmente; a Dios, no. Háblame, pues, con toda sinceridad. ¿Tienes firme resolución de no exponerte ya más a aquella ocasión de pecado? ¿De privarte de aquel objeto que te dañó? ¿De no leer más aquel libro que exaltó tu imaginación? ¿De no tratar más a aquella persona que turbó la paz de tu alma?

¿Volverás a ser dulce, amable y condescendiente con aquella otra a quien, por haberte faltado, has mirado hasta hoy como enemiga?

Ahora bien, hijo mío, vuelve a tus ocupaciones habituales, al taller, a la familia, a tu oficina, a tu negocio, a tu estudio..., pero no olvides los quince

minutos de grata conversación que hemos tenido aquí los dos en la soledad del santuario. Guarda cuanto puedas silencio, modestia, recogimiento, resignación, caridad con el prójimo... Ama a mi Madre, que lo es también tuya, la Virgen Santísima, y vuelve otra vez mañana con el corazón más amoroso, más entregado a mi servicio. En mi Corazón encontrarás cada día nuevo amor, nuevos beneficios, nuevos consuelos.

A la Santísima Virgen

(Despedida)

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios: no desoigas nuestras súplicas en nuestras necesidades, mas líbranos siempre de toda clase de peligros, oh Virgen gloriosa y bendita.

★ ★ ★

EJERCICIO DE LOS PRIMEROS VIERNES DE MES

Por la señal...

Oración preparatoria

¡Oh dulcísimo Jesús! Por las ardientes llamas de amor que abrasan tu amantísimo Corazón, te ruego enciendas en el mío ese santo y dichoso fuego que has venido a traer al mundo! Disipa y destruye en mi pobre corazón todos los afectos terrenos que le atan y le impiden entregarse de veras al amor de tu Divino Corazón.

Si hasta ahora he menospreciado tus bondades, de hoy en adelante sólo quiero vivir para amarte y borrar con mi amor mis ingratitudes pasadas. Tú eres, ¡oh Jesús!, la hermosura infinita; en Ti están todas las perfecciones, y eres el centro de toda amabilidad. Te amo, Jesús mío, de todo corazón; no deseches mi amor.

Aquí me tienes, contrito y humillado por el peso de mis ingratitudes, pero, al mismo tiempo, confiado en tu misericordia. Sé que no merezco por mis propios méritos el perdón, pero mira a los que en la Cruz ganaste para todos, y para mí, el último de tus devotos. Te lo pido por la intercesión poderosa de tu Madre y mía, la Santísima Virgen, a quien en este momento acudo como a Medianera universal. Haz, ¡oh Jesús!, que este ejercicio que hoy te consagro sea el preludio de aquel otro que espero dedicarte en el cielo. Amén.

ENERO

MEDITACION

Llamamiento del Corazón de Jesús

Alma devota del Corazón de Jesús. En este primer viernes del año, prostrada de rodillas, como ahora estás, medita unos instantes en el llamamiento que te hace el Señor.

La voz de Jesús es dulce y atrayente. Cuando la oyeron los hombres por primera vez fueron detrás de ella llenos de esperanza y, todos, justos y pecadores, hallaron en ella un irresistible atractivo.

¿Estás tú acaso agobiada por el peso de tus pecados? No tienes que temer: "El es el refugio de los pecadores" y te ofrece generoso el perdón. ¿Pertenece a la legión escogida de las almas buenas? Alégrate, pues El es "el retiro de todas las almas santas". En una palabra: ya seas alma justa, ya pecadora, puedes hallar en El tranquilidad y dulce acogida, pues El "es tabernáculo de ternura sin límites".

Jesús nos llama a todos junto a su Corazón. Quiere terneros muy cercá...

Como a Jerusalén nos dice con palabras llenas de ternura: "Así como la gallina cobija bajo sus alas a sus polluelos, del mismo modo yo os quiero cobijar a todos en mi Corazón".

"¡Si tú supieras decía Santa Margarita María Alacoque, cuánto deseo ser amado! Tengo sed; ardo en deseos de ser amado!"

¡Qué palabras tan atrayentes en los labios de Jesús. Tiene sed de nuestro



amor!... Lo dijo en la Cruz claramente y lo sigue repitiendo todos los días a cada uno de nosotros en lo más profundo de nuestro corazón... ¡Jesús tiene sed de amor! Sus deseos son infinitos y, como un día a la samaritana junto al pozo de Jacob le pidió de beber, del mismo modo te lo pide a ti, alma devota. ¡Te pide que le des de beber! ¡Que sacies su sed de amor! Piensa, en la soledad de tu corazón, sobre esta fineza de Jesús. Quiere ser amado de ti... Te lo pide con insistencia... ¡Como un mendigo!... "He aquí que estoy a tu puerta y llamo". Jesús está a la puerta de tu corazón, alma pecadora, o justa, y llama... ¡No oyes su llamar qué suave es?... No hagas demasiado ruido en tu interior con tus pensamientos importunos, con tu imaginación poco mortificada, con tus sentidos abiertos a todo lo que quiera entrar del exterior...

Jesús te llama en este primer viernes

del año para que comiences una nueva vida de fervor... Te llama para abrirte el tesoro de sus gracias, que está escondido en su Divino Corazón. ¿No quieres poseer ese tesoro? ¿No te ilusiona el ser rica de bienes celestiales? Oye otra vez la voz de Jesús que te dice: "Mira, hija mía, este Corazón que tanto ha amado a los hombres". Como al apóstol San Pedro, te pregunta con insistencia: "¿Me amas más que éstos?"

Tu respuesta, alma devota, no puede ser otra que la del Santo Apóstol: "Señor, Tú sabes que te amo". He oído tu llamamiento dulce y convincente y quiero seguirle sin demora. La cuna de Belén, la Cruz, el Calvario, la Eucaristía, me hablan de Ti y estoy resuelto a seguirte. Señor, diré con el Apóstol de las Gentes: "¿Qué queréis que haga?" "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha."

Medítese breves momentos y pídase la gracia que se desea alcanzar.

COLOQUIO

Divino Corazón de Jesús, he oído en este día tu voz y quiero seguirla. Tu voz es dulce y conmovedora y me ha llegado al fondo del alma. De hoy en adelante seguiré tu voz, iré como oveja fiel detrás de Ti, Divino Pastor de mi alma.

“¡Oh hermosura, siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te he conocido!” Pero en este primer viernes del año, con el corazón prendado de la ternura del tuyo, oh Jesús, te prometo seguir muy de cerca tus mandatos. Atráeme a Ti y arráncame del amor de las criaturas que puede mancharme.

“En Ti he confiado, Señor, no sea jamás confundido.”

¡Oh Corazón de mi amable Salvador! Llámame siempre con tus inspiraciones y con tu gracia y haz que yo siga siempre los dictados amorosos de tu divina voz. Amén.

A continuación, las Letanías al Sagrado Corazón (pág. 137), la fórmula de Consagración (pág. 142) y el Acto de desagravio (pág. 144).

De esta forma se terminará todos los viernes.

FEBRERO

MEDITACION

Vida íntima con el Corazón de Jesús

Dirige hoy, alma devota, una mirada de fe a ese trono de amor, que es el Sagrario, y observa el silencio que reina en torno a él. Desde esa cátedra de intimidad, con el silencio más absoluto, que avalora más la confianza, Jesús te va a hablar como el mejor de los amigos, con más sinceridad que ninguno, con más intimidad que al más íntimo de todos.

“Ya no os llamaré siervos, decía a sus apóstoles en la noche del jueves

santo, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Yo os llamaré amigos, porque todas las cosas que he hecho os las he manifestado." Todas. ¿Lo oyes? ¿Quieres mayor intimidad?

Jesús te hace confidente de sus pensamientos. "Todo lo que he oído a mi Padre os lo he enseñado a vosotros." ¿Qué amigo, por fiel que sea, no te ha ocultado alguna cosa? Hay interioridades en el corazón del hombre que a nadie se descubren. La amistad más íntima tiene sus secretos. El hombre, pues, nunca tiene la suficiente generosidad para decirnos *todo*. ¡Sólo el Corazón de Jesús ha podido hacerlo y lo ha hecho!

Pero además de hacernos partícipes de la intimidad de sus pensamientos, nos ha hecho también de sus deseos. "¡Oh Padre!, exclama en el sermón sacerdotal: yo deseo que aquellos que tú me diste estén conmigo allí donde yo estoy, para que contemplen mi gloria,

cual tú me la has dado, porque tú me amaste desde antes de la creación del mundo. Yo, por mi parte, les he dado y daré a conocer tu nombre, para que, el amor con que me amaste, en ellos esté y yo esté en ellos."

¿Qué dices, alma devota, a estas palabras de Jesús? ¿Puede haber mayor intimidad que ésta? Sí. Aún Jesús ha encontrado otra: el trabajar contigo. "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." "Hasta ahora mi Padre trabaja y yo trabajo", y quiere que tú trabajes también con El en tu santificación, en la de tus prójimos.

Todos somos llamados a esta triple intimidad de Jesús; a todos nos dice: "Vosotros sois mis amigos: Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cansados, que yo os aliviaré."

Alma devota del Corazón de Jesús, escucha y medita con devoción y en silencio estas palabras del Señor. Hoy te las repite aquí para ti sola, para agre-

garte al número de sus íntimos amigos. ¿Desoirás esta dulce e insistente invitación?

Medítese y pídale la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

Tú eres, oh Corazón Divino, el verdadero amigo de mi alma. La intimidad que quieres darme es la mayor gracia a que puedo aspirar en esta vida.

Tú, resplandor de la gloria del Padre, te haces mi amigo y confidente si yo quiero aceptar tu amistad. ¡Verdaderamente, Señor, que tu amor es infinito!

¡Pero cuántas veces te he dicho, si no con las palabras, al menos con las obras, que no me interesaba tu amistad! ¡Cuántas, Hermosura soberana, mañana te abriré, no te habré dicho, "para lo mismo responder mañana". Mas hoy te entrego mi corazón con todos su

afectos. Tú seras, oh Jesús, mi único y verdadero amigo.

¡Ahora comprendo la sinceridad de tu amistad cuando la comparo con las falsas amistades del mundo, las más de las veces llenas de egoísmo y de sensualidad! ¡Ahora comprendo la verdad de tu amor, cuando lo cotejo con esos amores de las criaturas, siempre mezclados de lodo y de barro! ¡Que yo siempre busque, Señor, tu intimidad! ¡Que yo sea de esas almas privilegiadas que están tan cerca de tu Cruz y de tu Sagrario!

¡Oh Corazón de Jesús, el más amante de todos los corazones! Gracias por la intimidad que me ofreces; yo, en cambio, te consagro en este día mi corazón, mis pensamientos y lo más íntimo de mi ser. Bendícelos, santifícalos, para que ni uno solo sea contrario a tus divinos mandamientos. Amén.

Se termina como el primer viernes.

MARZO

MEDITACION

La Pasión de Jesús

Alma devota, medita hoy unos momentos sobre la Pasión del Señor. Es el gran misterio de la vida de Jesús. Todos los demás parecen comprensibles, en medio de su grandeza. Grande es el misterio de la Encarnación; sorprendente el de la vida pública; admirable el de la Eucaristía..., pero nuestro entendimiento parece querer comprender algo, ver cierta conformidad con la grandeza de Jesús. Mas éste de la Pasión, es de

todo punto incomprensible. Los apóstoles no se hicieron a la idea del Cristo paciente hasta después de la Resurrección; les parecía imposible que su Maestro sufriese tanto; por eso, cuando Jesús les anunció claramente los horrores de la Pasión, San Pedro le llamó aparte y, con un celo indiscreto, le dijo: "Maestro, no sucederá tal cosa."

Y es que, después de reconocer a Jesús como verdadero Hijo de Dios, después de haber visto los milagros que había obrado, era cosa incomprensible para la razón humana el drama sangriento del Calvario.

Mas he aquí que lo que no pudo comprender la pobre razón humana, lo realizó el grande amor del Corazón de Jesús.

Los santos así lo han comprendido, y la Pasión de Cristo ha sido siempre el libro abierto en el que han aprendido, mejor que en ningún otro, la doctrina de Jesús.

Santo Tomás preguntó un día a San Buenaventura en qué libro había aprendido los conceptos tan sublimes de sus escritos, y el seráfico Doctor le enseñó un Crucifijo.

Tú, alma devota, ¿lees con frecuencia en este divino libro de Jesús Crucificado? ¿Repasas a menudo esas cinco letras de las llagas de Jesús, como lo hacía el hermano lego capuchino San Félix de Cantalicio? ¿Qué importa que sepas todas las ciencias humanas si no sabes ni siquiera deletrear en este Libro Divino?

“Estoy crucificado con Cristo en la Cruz”, decía el gran apóstol San Pablo. ¿Tú lo podrás decir también con verdad? ¿Eres tú como el Seráfico Padre San Francisco, copia viva del Crucificado, llevando, no ya como él, impresas en tus manos, pies y costado las llagas del Señor, pero al menos en tu corazón?

Junto a la Cruz de Jesús estaba Ma

ría, su Madre. ¿Tú estás como Ella cerca de la Cruz, o la contemplas desde lejos, como los enemigos de Jesús? ¿Llevas la tuya, la que Dios te manda, como llevó Jesús la suya? "El que no toma su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser mi discípulo." Mira a ver si procuras arrojarla lejos de ti y tiembla, pues es seguro que no eres discípulo del Señor. ¿Eres de los que, como María, la Madre de Jesús, están cerca de la cruz en el Calvario, o de los que están lejos, como los fariseos, que insultaban al Señor?

Desde hoy haz un propósito eficaz de cargar con tu cruz, aunque sea pesada; ¡es el único camino que te llevará al cielo!

Medítese y pídase la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

¡Ahora sí que puedo decir, oh Jesús, que comienzo a ser discípulo tuyo, pues comprendo la lección que me das en el Calvario!

Hasta ahora la Cruz había sido para mí, como para los judíos y gentiles, un escándalo y una locura..., y no acertaba a entender que la verdadera locura es, precisamente, huir de la Cruz...

Me abrazo con la mía, con la que tengo actualmente, y con la que, tal vez, tengáis destinado mandarme. Sé que mi naturaleza protestará, como ha protestado hasta ahora muchas veces, pero desde hoy, cuando sienta en mis carnes el dolor de la enfermedad, y en mi alma la pena y el abandono, miraré al Crucifijo y, viéndote a Ti, mi amado Jesús, derramando hasta la última gota de tu sangre y exhalando entre atroces tormentos tu santo espíritu, m

animaré a sufrir con paciencia y resignación.

¡A tanto me obliga tu cuerpo destrozado y tu sangre vertida! Esas llagas abiertas, como cien rosas, me dicen que mis dolores terminarán, y, a semejanza de los tuyos, oh Señor, se trocarán un día en fragantes flores de gloria. Amén.

Se termina como el primer viernes.

ABRIL

MEDITACION

El Corazón de Jesús viviendo en nuestra alma

¡Jesús viviendo en tu alma! He aquí, cristiano, uno de los misterios más consoladores de nuestra religión.

Jesús, en cuanto Dios, como Segunda Persona de la Santísima Trinidad, vive, desde toda la eternidad, en el seno del Padre, entre "resplandores de luz inaccesible"; pero esa misma Segunda Persona, "llegada la plenitud de los tiempos", tomó carne mortal en el seno de la Virgen María, y, con ese traje de

pecador, vivió durante treinta y tres años en medio de los hombres. Tiene, pues, aparte de su vida divina, su vida humana como los demás hombres.

Pero a estas dos vidas hay que añadir otra tercera, maravillosa y sublime: la vida de su Cuerpo Místico, que es la Iglesia.

Jesús vive en su Iglesia; vive en todos los cristianos, pues todos somos miembros de ese cuerpo cuya cabeza es Cristo.

Los santos se han deleitado en hablar con frecuencia de este misterio consolador. Así, San Pablo, autor de esta hermosa idea del Cuerpo Místico de Cristo, exclama: "Mi vida es Cristo." "Cristo es la cabeza, vosotros sois los miembros." Así como en el cuerpo humano todos los miembros viven mientras están unidos al cuerpo de que forman parte, del mismo modo los cristianos viven la vida de la gracia mientras viven unidos a Cristo. San Atanasio

exclama: "La Humanidad de Cristo es la Iglesia entera." "Mis ojos son los de Cristo", dice San Anselmo. "Mi corazón, el Corazón de Cristo", añade San Juan Crisóstomo. "Mi boca es la boca de Cristo", dice San Macario. Y San Agustín exclama alborozado: "Regocijaos: hemos pasado a ser Cristo. El es la Cabeza, nosotros sus miembros. El y nosotros reunidos constituimos un solo hombre, y éste es todo el hombre, y este hombre, por su Cabeza, es Dios."

¿No te parecen, alma devota, un tanto exageradas estas palabras? Pues son una realidad. Mira con frecuencia a tu dignidad y aprende a estimarla.

¿Y qué has de hacer para que esa vida de Jesús sea fecunda en ti? Corresponder. He aquí la palabra que lo resume todo. Corresponder a esa savia divina que circula en ti. No basta estar unida a Jesús, tu Cabeza; debes aspirar a algo más. La rama que sólo da hojas o, a lo sumo, flores, vive, es verdad, pero no

es perfecta. La higuera del Evangelio tenía hojas, pero no frutos, y Jesús la maldijo: "Nunca jamás coma nadie fruto de ti." Y la higuera se secó. Mira que Jesús no dijo: "Sécate", sino "nadie coma fruto de ti"; pero ¿a qué había de seguir viviendo si no daba fruto?

Procura, pues, alma devota, estar unida a la Vid que es Cristo. Que la savia sobrenatural de la gracia, que es la vida de Cristo en ti, no deje de circular en tu corazón. Eres sarmiento, cuida de estar siempre unido a la Vid, pues el día en que te separes de ella no servirás más que para el fuego eterno. "No hay término medio para el sarmiento, dice San Agustín: o se halla unido a la vid, o es arrojado al fuego."

Medítese y pídase la gracia que se desea conseguir.

COLOQUIO

Divino Corazón de Jesús, vida de mi vida, alma de mi alma. ¿Cómo he podido pasar hasta ahora sin conocer que Tú vivías tan íntimamente en mí? ¿Cómo no te sentía, como siente la hoja del árbol la presencia del viento que la besa? ¿Qué ignorante he estado de esta gran verdad, la más consoladora que puede saber un alma!

Sé que estáis en mí, oh Jesús, que vives en mí, que habitas en mí. . . Mi alma es un templo santificado por tu divina presencia y yo quiero desde hoy adorarte en este templo. Quiero en él establecer perpetua adoración.

Si hasta ahora he vivido como si no estuvieses en mí, de hoy en adelante quiero vivir como si nada hubiese más que Vos en mí... A tanto me obliga tu amor delicado y tu generosidad infinita...

Tú te me has entregado completa-

mente a mí, oh Jesús; vives constantemente en el templo de mi alma y yo quiero ser en este templo perpetuo adorador.

Ángel de mi Guarda, compañero mío inseparable: hazme compañía en esta soledad divina de mi corazón. Alabemos y bendigamos a Jesús oculto en todas las almas que están en gracia; alabémosle por los siglos de los siglos. Amén.

Se termina como el primer viernes.

MAYO

MEDITACION

Los deseos del Corazón de Jesús

Hoy es el mismo Jesús de siempre, el que va a hablarte; alma devota, con esa dulce voz que sólo El sabe hacer sentir a las almas. Te va a hablar de sus deseos, de lo que quiere de tí. Escúchale atentamente, pues va a ser para tí una confidencia.

Tú has sido creada para un fin. Todos los seres lo han sido, y tu fin, lo sabes muy bien, es servir a Dios en esta vida para después gozarle en la eterna.

¿Puede haber fin más sublime?

Jesús quiere salvarte; ese es su deseo. "Quiere que todos los hombres se salven." ¿Tú has pensado alguna vez seriamente en esto? Jesús desea tu salvación; para eso bajó del cielo a la tierra; para eso se hizo niño pequeñito; para eso sufrió muerte ignominiosa; para eso se quedó en el Sagrario. "Oh Padre, dice en la oración sacerdotal, yo deseo que aquellos que Tú me has dado estén conmigo allí mismo donde yo estoy; para que contemplan mi gloria que Tú me has dado."

Jesús, en el momento más solemne de su vida, después de habernos regalado el don de la Eucaristía, antes de entregarse a sus más crueles enemigos, en la más hermosa oración salida de sus labios, en su *oración sacerdotal*, pide esto para ti... Estos son sus deseos. ¿Te parecen excesivos? ¿Los juzgas exagerados? No; Jesús te pide lo que tiene derecho a pedir; te pide lo que Él te ha dado; te pide, sobre todo, que le ames.

que le des tu amor. "Hijo mío, dame tu corazón." Estos son los deseos de Jesús.

¿Y tú cómo vas a corresponder a ellos?

Sólo de una manera; diciendo con el Apóstol San Pablo: "Señor, ¿qué queréis que haga?"

He aquí la gran respuesta que debe brotar de tus labios y, sobre todo, de tu corazón. Sé, pues, generosa; corresponde a esos infinitos deseos del Corazón de Jesús. No pongas ningún obstáculo a esas ansias tantas veces manifestadas. Santa Teresita del Niño Jesús prometió al Señor, a la edad de tres años, no negarle nada de lo que le pidiese, y lo cumplió. No importa que tú hasta ahora no hayas satisfecho los deseos de Jesús. El siempre espera...

Los obreros que llegaron a la viña a la hora undécima recibieron de jornal un denario... El buen ladrón fué de la cruz al paraíso... Dios no mide el tiem-

po, mide el amor. Sé, pues, generosa para quien lo ha sido antes contigo.

Otro de los grandes deseos de Jesús es que te entregues de veras al amor y culto de su Divino Corazón. Para eso precisamente te ha llamado hoy a este lugar santo, para mostrarte claramente este deseo que sobre ti tiene. Quiere que seas una de las almas que se consagran a su Divino Corazón; una de esas almas que El ha escogido para ser portadoras de su amor a otras almas que no le conocen y están deseosas de encontrar un alma amiga que les enseñe el tesoro escondido de esta devoción. Te ha escogido para apóstol suyo y espera que no defraudes sus deseos y esperanzas. He aquí, alma devota, cuáles son los principales deseos de Jesús sobre ti; procura corresponder a ellos y, sobre todo, procura que otras almas vayan a Jesús por medio de tu apostolado.

Medítese y pídase la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

Heme aquí, oh Jesús, dispuesto a hacer tu voluntad. Esos deseos que sobre mí has formado no quiero que queden sin realización por mi apatía y mi poca correspondencia.

Señor, como tu gran Apóstol, quiero repetir: "¿Qué queréis que haga?" En la meditación que acabo de hacer me lo habéis manifestado bien claramente. No sólo queréis que me salve, sino que ansiáis que no me salve solo. Queréis que entre en el cielo en compañía de una blanca procesión de almas ganadas para vuestro amor por mi apóstolado.

¡Oh Corazón de Jesús!, tu dulzura y tu condescendencia, al perdonarme tantas veces, me humilla, y ahora, al oírte que me pides te ayude a salvar las

almas, al ver que quieres asociarme a la sublime obra de tu Redención, quedo anonadado.

Bien poco valgo, oh Señor, pero sé que no "desprecias al corazón contrito y humillado"; sé que gustas de escoger instrumentos inútiles y despreciables para realizar obras grandes.

Yo soy el alma más inútil y más despreciable, pero me pongo humildemente en tus divinos brazos por si queréis hacer algo conmigo. "Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha." Mandad, Señor, que vuestro esclavo está dispuesto a realizar lo que mandéis.

Pero dadme ánimo, dadme fortaleza. Sólo así, prendido de tu brazo, podré realizar esos deseos que tenéis sobre mí. Amén.

Se termina como el primer viernes.

JUNIO

MEDITACION

El Corazón Eucarístico de Jesús

La amistad e intimidad con el Corazón de Jesús tienen un fuego que las conserva; un recuerdo que las hace presentes. Ese fuego y ese recuerdo es la Eucaristía.

La mejor amistad, el amor más profundo, se debilitan, y aun se apagan, con la ausencia. ¡La ausencia es el sepulcro de casi todos los amores! ¡Esta es la terrible ley del corazón humano!

Por eso Jesús, que le conoce muy

bien (El le ha hecho de barro con sus propias manos), quiso dejarnos un recuerdo vivo de su amor para que no le olvidásemos: Nos dejó la Eucaristía.

Mira a ese Sagrario, alma devota: ¿qué te dice la fe? Que en él está Jesús vivo, como está en el cielo. Por un milagro estupendo, que sólo pudo idear su amor infinito y realizar su poder sin límites, Jesús está simultáneamente en tantos lugares cuantos son los sagrarios esparcidos por todo el mundo.

¿Y para qué esa enorme multiplicación de su presencia real? Para recordarnos su amor. Para ser El mismo nuestro divino recuerdo. "Deseaba el esposo—dice San Pedro de Alcántara—dejar un recuerdo a su esposa antes de abandonar este mundo y no encontró otro mejor que quedarse El mismo en recuerdo." "Siempre que hagáis esto, siempre que consagréis, hacedlo en memoria mía", dijo a sus apóstoles al ordenarles de sacerdotes. Y desde enton-

ces todos los sacerdotes de Jesús, en el momento de la consagración, repiten estas palabras, que deben sonar en el corazón de todo cristiano como palabras de un testamento de amor.

¡La Eucaristía, recuerdo de Jesús! ¿Cómo te aprovechas tú de él? Mira a ver si durante el día ocupa parte de tus pensamientos. Esto será la medida de tu amor. ¿Piensas en Jesús Sacramentado? Le amas. ¿No piensas en El? No le amas, aunque a ti te parezca que sí.

Cuando se ama a una persona se la recuerda muchas veces al día, se habla de ella, se desea estar con ella. ¿Te acuerdas con frecuencia del Sagrario? ¿Hablas de él? ¿Deseas estar junto a él? ¿Le visitas con frecuencia? Entonces de verdad que amas a Jesús.

La Eucaristía es el recuerdo vivo del amor de Jesús para con el hombre. La santa Iglesia así lo enseña. "¡Os Dios, que bajo este Sacramento nos has de-

jado un admirable recuerdo de tu Pasión!..." Alma devota, ¿tú lo sientes así? "Jesús no baja del cielo cada día—dice Santa Teresita del Niño Jesús—para quedarse en el áureo copón, sino para encontrar otro cielo, el cielo de nuestra alma, donde tiene sus delicias."

La Eucaristía, además de recuerdo, es símbolo de unidad. "La Eucaristía—dice el Beato Eymard—es una unión de vida con Jesús, simple, amante, íntima y familiar." Y Santo Tomás de Aquino añade: "Lo característico del afecto es vivir uno con otro y llegar a tal grado de unión que dos vidas no constituyan sino una sola." ¿Y qué te dice el mismo Jesús acerca de esta unión? "El que come mi carne—dice—y bebe mi sangre permanece en Mí y yo en él." ¿Qué mayor unión podemos desear? ¿Ves la unión del alimento material con quien lo come? Pues aún más íntima es la unión de Jesús con el alma que comulga. "El Salva-

dor—dice San Juan Crisóstomo — se mezcla con nosotros, une su cuerpo y su alma y todo lo que El es con nosotros, a fin de que seamos uno y de que aparezcamos unidos como el cuerpo a la cabeza. Yo quiero que esta unión exceda a las otras y que dos no resulten más que uno.” ¡Verdaderamente que no se puede pensar ni realizar una unión semejante! Por eso no es extraño que San Alfonso María de Liguorio, al pensar en esta tan divina y estrecha unión, exclamase fuera de sí: “¡Oh Pan del cielo que, bajo la apariencia de pan, encierras a mi Dios!... ¡Yo te amo, yo te adoro. ¡Oh Jesús! ¡Oh lazo de amor que unes al esclavo con su Señor! ¡Oh Jesús, si hubiese de vivir sin amarte, no quisiera vivir. ¡Oh bien sobre todo bien, que me has unido a Ti con tan dulces cadenas, yo te doy mi corazón! ¡Oh dulce Amor mío, yo seré siempre tuyo! Espérame en el cielo, pues, quien

de tal forma se ha entregado a mí todo entero, no podrá negarme el paraíso."

Medítese y pídase la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

¡Oh Jesús Sacramentado, centro y descanso de mi alma! ¿Cómo pagarte esta gracia tan inmensa de tu amor quedándote sacramentado en ese sagrario todos los días y a todas las horas por mi amor? ¿Cuándo comprenderé lo que significa un sagrario en mi vida y en la vida de todos los hombres? ¡Sólo en el cielo lo comprenderé y seguramente esta será una de las grandes sorpresas que nos reserva tu amor!

Mientras tanto llegue ese día de luz y de claridad, mientras duren estas tinieblas y oscuridades de la fe, seré alma verdaderamente eucarística, es decir, alma que constantemente hace de su

vida una ininterrumpida acción de gracias.

Gracias, Jesús, por todos los beneficios que me has concedido, a pesar de mis innumerables ingratitudes. Gracias, Jesús, por tu infinita misericordia para conmigo. Pero, sobre todo, gracias, Jesús, por haberte quedado en el Sagrario por mi amor. Gracias por el regalo inefable e inmenso de tu Eucaristía. Que mis comuniones de aquí abajo sean el prelude de la eterna y suavísima comunión de tu divina Esencia en la eternidad. Amén.

Se termina como el primer viernes.

JULIO

MEDITACION

El Corazón de Jesús, descanso de las almas buenas

Después de los horrores y tinieblas de la Pasión, vino el día de la resurrección gloriosa. También, alma devota, después de haber sido crucificada, a imitación de tu buen Maestro, vendrá el descanso en su Divino Corazón.

La vida es una guerra, pero existen treguas en esa batalla, días de paz que es preciso no dejar pasar en vano, y esa tregua, ese descanso, debes buscarlos en el Corazón de tu amable Jesús.

Esta meditación va dirigida especialmente a vosotras, almas que sufrís. ¿Habéis perdido la salud, los seres queridos, vuestra reputación? No os desesperéis. No sufráis solas. Poned esos dolores, esas penas, esas contradicciones, sobre el Corazón de Jesús. Descansad tranquilamente y confiadas en El. Como el niño descansa en los brazos de su madre, así debes tú, alma afligida, descansar en el Corazón y en los brazos de Jesús. Jesús es el buen Pastor que no sólo da la vida por sus ovejas, sino que cuando una de ellas se ha extraviado, la toma en sus manos, la echa sobre sus hombros y la vuelve al redil. Jesús no ha cambiado. Su Corazón sigue siendo tan misericordioso como cuando pronunció esta hermosa parábola, y hoy como entonces gusta de que las almas descansen en sus amorosos brazos, sobre su Corazón. Mira a San Juan en la noche de la Cena recostándose sobre el Corazón de Jesús.

No le ocultó lo que a los demás apóstoles no quiso manifestar. Si quieres que Jesús te comunique sus secretos, los secretos divinos de su Corazón, reposa, descansa, como San Juan, en el Corazón de Cristo. Escucha su latir y verás que es latido de amor y de perdón. Di con la esposa de los Cantares: "Me senté a la sombra de aquel que amaba y su fruto ha sido muy dulce para mi paladar." ¿Qué fruto es ése sino su Corazón?

Acércate, alma afligida, a esa Piedra abierta de la cual brota, como dice San Buenaventura, el agua del Redentor. "Para eso ha sido traspasado, para que por esta llaga material de su Corazón veamos la llaga invisible, pero profunda, de su grande amor a las almas."

¡Oh Jesús! ¡Qué poco he pensado en este misterio de vida! ¡Cuántas veces he querido recorrer solo mi camino sembrado de espinas, sin ver que Tú a mi

lado me ofrecías misericordiosamente tus brazos! ¡Así veo ahora mis pies desangrados y rotos por el dolor! ¡De hoy en adelante quiero dejarme llevar por Ti como se deja el niño llevar por los brazos de su madre!

Nunca más sufriré solo, uniré mis dolores a los de tu Corazón, y de este modo "cumpliré en mí lo que falte a tu Pasión". Quiero parecerme a Ti, quiero descansar no en lecho de plumas, sino en el lecho de mi cruz, como Tú descansaste en la tuya, pues sólo en la cruz fué cuando tu Corazón abierto lanzó aquel grito de paz y descanso: "Todo está cumplido." "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Medítese y pídale la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

¡Cuán cierto es, Señor, que sólo en tu Corazón se puede encontrar el verdadero amor! ¡Qué loco he sido hasta ahora buscando la paz en las criaturas, que, por ser criaturas, son tornadizas y volubles!

Tú eres, ¡oh Señor!, el único que no cambia, y por eso en Ti está el verdadero descanso.

¿Qué descanso pueden darme las criaturas, si las más de las veces llevan en sí, como una herencia desdichada, la más terrible intranquilidad? ¿Cómo pueden darme paz si Tú mismo lo has dicho que el mundo no puede dar la paz verdadera?

¡Y yo, infeliz, cuántas veces he corrido ilusionado, fascinado, como loca mariposa, detrás de esa lucecita que tienen en sí las criaturas!...

Hoy, iluminado con la luz que bro-

ta a raudales de tu Corazón, te digo con el Salmista: "Descansaré y dormiré en paz." Sí, ¡oh Jesús! Tú eres el descanso de mi alma: en Ti se encuentra la verdadera paz y la verdadera tranquilidad.

Lejos de mí el buscarlas en otra cosa que no seas Tú; lejos de mí el buscarlas fuera de mí, cuando tan cerca te tengo a Ti. Como el discípulo amado en la noche de la Cena, quiero yo también descansar mi cabeza en tu Sagrado Corazón y en un éxtasis de amor decirte con todas las fuerzas de mi alma: ¡Qué bien se está aquí, si quieres, Señor, haré en tu Corazón mi tienda para vivir y descansar eternamente!

Se termina como en el primer viernes.

AGOSTO

MEDITACION

El camino del Cielo

Nada hay tan incomprensible para los mundanos como el dolor. ¿Por qué si Dios es tan bueno, dicen ellos, nos manda tantos dolores?

Para ti, alma devota, esta pregunta no tiene valor, lo sé. Conoces muy bien el mérito sobrenatural del dolor. Has mirado muchas veces a la Cruz, y al ver en ella al Corazón de Jesús desangrarse y exhalar el último suspiro, te has explicado perfectamente el valor del sufrimiento.

¿Qué sería de nosotros si no existiese en el mundo esta saludable medicina? El dolor tiene en el mundo una misión especial: la de unirnos más a Dios, al mismo tiempo que nos desprende de las criaturas.

Los santos así lo entendieron, y por eso se les veía ansiosos de padecer. “O padecer o morir”, decía Santa Teresa de Jesús. “Padecer y no morir”, exclamaba Santa Verónica de Julianis. “¿Cómo puede el Señor, que nos ama tanto —pregunta Santa Teresita del Niño Jesús—, ser feliz cuando padecemos?” ¡Oh, no! Nuestros padecimientos nunca le hacen feliz, pero estos padecimientos nos son necesarios a nosotros. Por eso nos los envía, como apartando el rostro. Sabe Jesús que con sola una sombra de felicidad que me enviase me apegaría a ella con toda la energía y fuerza de mi corazón; por eso me niega hasta esa misma sombra; prefiere

dejarme en tinieblas antes que darme una luz falsa que no sea El mismo."

Jesús, efectivamente, conoce nuestra naturaleza, y, aunque apartando el rostro, nos lleva por el camino del dolor, como más seguro para llegar al cielo.

Estamos convencidos de que el cielo es nuestra patria; "no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos y aspiramos a la eterna"; pero nuestro corazón es tan miserable, que, si no fuera por el dolor, nos quedaríamos entretenidos en estas bagatelas de la tierra; por eso, lo que antes del pecado hubiera hecho el amor, ahora es obra del dolor.

La cruz es el medio misterioso del que se sirve Dios para transformar, en cierto modo, nuestra naturaleza de pecado en naturaleza de santidad. Todos los santos fueron por este camino y fué también el Santo de los Santos, Cristo Jesús. "Hijo, cuando comiences a servir a Dios, prepara tu alma para la ten-

tación", para el sufrimiento. "Porque eras acepto a Dios fué necesario que la tentación, la desgracia, te probase." ¿No ves en estas palabras de los Libros Santos señalado el camino que siguieron siempre las almas justas? ¿Comprendes ahora, alma devota, el fin sublime del dolor? El hijo pródigo no se acordó de su padre hasta que no se vió en la miseria. ¡Virtud divina la del dolor que nos aparta de las cosas terrenales y nos hace volver los ojos al cielo!

En las horas de la desgracia es cuando más sinceramente miramos a Jesús. "Sálvanos, Señor, que perecemos", gritaron los Apóstoles cuando vieron que la barca se hundía. Así también nosotros, cuando nuestra barca, la de nuestra vida, se hunda por cualquier contrariedad, llamemos inmediatamente al Señor, cosa que quizá no haríamos en el tiempo de la prosperidad.

"Dios—dice San Francisco de Sales—ha ordenado a las criaturas que no

nos den satisfacción alguna para que nos veamos obligados a volver a Él." Volvamos hoy a Jesús, a su Corazón Divino, maltratado por nuestras maldades.

"Si alguno quiere venir en pos de Mí—dice Jesús—, tome su cruz todos los días y sígame." No hay, pues, otro camino para llegar al cielo.

Alma devota del Corazón de Jesús, ante ese Sagrario, símbolo de todos los abandonos y de todas las soledades. pero al mismo tiempo símbolo de todos los amores, dile a Jesús: "Señor, aquí corta, aquí quema, con tal de que me perdones en la eternidad."

Meditese y pídase la gracia que se desea conseguir.

COLOQUIO

¡Qué engañado he estado hasta ahora, oh Jesús, respecto al camino que conduce al cielo! Incauto, creí que estaba sembrado de rosas y que mil ángeles blancos paseaban continuamente por él, y hoy me has enseñado Tú, Maestro mío, que está sembrado de espinas y que son muy pocas las rosas que brotan entre esos zarzales!

¡Oh Jesús, qué bien conocéis mi corazón! Si a pesar de tantos dolores como siento en la vida me apego a ella, ¿qué sería si hallase en todo flores y luz?

Comprendo que hasta ahora he vivido engañado. Comprendo que he caminado por senderos torcidos y escabrosos, alejándome insensiblemente de mi fin, que eres Tú, Dios mío.

La cruz me ha horrorizado siempre, lo confieso; pero ¿quién no se abrazará a ella desde que Tú la has santificado con tu muerte?

Sí, me reconozco culpable, y por eso quiero con mis lágrimas borrar las huellas del sendero torcido de mi vida. Quiero ir por el camino real que lleva al cielo. No importa que la cruz me pese, y me canse, y me haga incluso llorar; quiero, ante todo, llegar a la patria, y para ello estoy convencido que no hay más que un camino: el de la cruz. Dadme, Señor, fortaleza y ánimo para cumplir mis propósitos. Amén.

Se termina como el primer viernes

SEPTIEMBRE

MEDITACION

El Corazón de Jesús, fuente de toda consolación

Si hay algo en la vida que pueda endulzar de algún modo nuestras penas, es el encontrar un corazón amigo que nos acompañe en el dolor, que lllore con nosotros.

Nadie mejor que el Corazón de Jesús puede cumplir con esta misión de consolar al que sufre.

Mientras vivió en la tierra su Corazón, todo ternura, ejerció esta dulce ocupación de consolar a los afligidos.

Un día es a la viuda de Naín, que va llorando detrás del cadáver de su hijo único, muerto en la flor de la vida, y Jesús siente que su Corazón se deshace de compasión ante aquellas lágrimas. Se acerca a la afligida madre, y con palabras de consuelo le dice: "No llores"; y para que aquellas lágrimas se sequen de verdad, la entrega a su hijo resucitado.

Otro día es un corazón amigo el que se le acerca llorando. "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto." Es Marta que pide consuelo a quien sabe que se lo puede dar. "Tu hermano resucitará", la dice Jesús, y, efectivamente, ante el sepulcro del amigo muerto, derrama lágrimas y realiza el milagro: Lázaro vuelve a la vida.

Por todas partes se ve al Corazón de Jesús consolando y enjugando lágrimas. Los enfermos que curó, los paralíticos a quienes dió movimiento, los hambrientos a quienes sació..., todos son

testigos de los consuelos divinos de Jesús.

No os apenéis, decía a sus Apóstoles momentos antes de subir al cielo; es verdad "que lloraréis vosotros y que el mundo se reirá", pero "vuestra tristeza se convertirá luego en gozo". "El Espíritu Santo, Espíritu Consolador, os hablará de Mí."

¿Quién podrá, alma devota, medir la ternura del Corazón de Jesús? ¿Quién podrá enumerar las lágrimas que ha enjugado en el transcurso de los siglos y las que aún enjugará?

"Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré." Jesús nos llama a todos a su Corazón para consolarnos; no excluye a nadie.

"Venid a Mí todos", porque todos necesitáis de consuelo. ¡Qué bien conoce El nuestro corazón! ¡Qué bien sabe lo dulce que es tener un corazón compasivo que nos acompañe en las penas!

Alma devota, ¿has pensado alguna vez seriamente en ese gran Consolador que es el Corazón de Jesús? ¿Has acudido a El en demanda de consuelo cuando la desgracia vino a visitarte? O, por el contrario, ¿has buscado el consuelo en las criaturas que tú sabes no te le pueden dar?

Desde hoy acude siempre a quien es la Fuente de toda consolación. Como a la viuda de Naín, te repetirá compasivo: "No llores." O, como a la hermana de Lázaro, te consolará en la muerte de un ser querido.

Medítese y pídase la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

¡Oh Jesús Divino Consolador!
¡Cuántas veces he buscado con lágrimas en los ojos un corazón amigo que me consolase en mis penas y no he reparado que Tú, oh Señor, eres mi mejor amigo y mi más fiel Consolador!

Sé que no has cambiado, Jesús. Si supiste consolar a los pecadores y dar ánimos a las almas afligidas mientras viviste en la tierra, hoy, desde el cielo y desde ese Sagrario, continúas con tu dulce oficio de Consolador de las almas que sufren.

Las penas que yo tengo Tú las conoces, oh Señor. Tú ves mi corazón mejor que yo puedo verlo. Lo ves con sus lágrimas, con sus contrariedades... Todas las pongo en tus divinas manos para que, si conviene a tu poder, las vayas trasformando y cambiando en alegría y bienestar. Sé que la cruz debe ser mi herencia, pero reconozco mi pe-

queñez y deseo que tu brazo poderoso me ayude a llevarla. Sé que tengo que sufrir, y llorar, y dejar en el camino jirones de mis pies, pero tú, Divino Consolador, consuélame con tu palabra y con tu presencia. Dime como a la viuda de Naín: *No llores*, y al oír tu voz tan cerca de mí, mis lágrimas se trocarán en perlas que un día, no lejano, embellecerán mi frente en el cielo. Amén.

Se termina como el primer viernes.

OCTUBRE

MEDITACION

El Corazón de Jesús, Divino Consejero

“Jesús—dice San Francisco de Sales—es el amigo fiel que os conducirá, os gobernará y tendrá cuidado de vosotros. Aprended de El todo lo que habéis de hacer; no hagáis nada sin su consejo.”

Aquí tienes, alma devota, lo que debe ser Jesús para ti: Tu mejor Consejero.

El es la Sabiduría Encarnada y como tal no te pondrá engañar. El es el Amor eterno y por lo mismo no te

querrá engañar: El es la Luz "que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" y, por tanto, no te dejará andar en tinieblas. En una palabra: "El es la Verdad" y por eso no admite mentira ni engaño de ningún género.

¿Dónde, pues, alma devota, vas a encontrar mejor Consejero que en este Divino Corazón? "Jamás hagáis nada sin pedirle consejo", decía Santa Margarita María Alacoque. Abramos las páginas del Santo Evangelio. ¿Qué nos dicen sobre el particular?

Un joven se acercó cierto día a Jesús para pedirle consejo, Jesús se lo dió con toda sinceridad: "Si quieres ser perfecto—le dijo—vete a tu casa, vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y sígueme". Aquel joven se marchó triste, no siguió el consejo de Jesús y no se sabe qué sería de él. Lo cierto es que el Señor se quedó mirándole con tristeza cuando le vió partir. Quizá alguna vez, alma devota, Je-

sús te haya aconsejado el desprender-te de alguna criatura y tú, desechando tan santo consejo, hayas entristecido el rostro dulcísimo de Jesús.

“Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”, aconsejó en otra ocasión a sus enemigos que le preguntaron con malicia. Jesús para todos tiene un consejo acertado. No mira la cualidad de las personas, si son amigos o enemigos, pobres o ricos, a todos aconseja con idéntica ternura. “Id a los sacerdotes”, dijo a los leprosos que se le acercaron pidiendo la curación de sus cuerpos destrozados y, cuando iban por el camino, “se vieron libres de la lepra”.

Tú, alma devota, ¿acudes siempre a Jesús, o a su representante en la tierra, a pedir consejo? ¿O estimas más tu amor propio y tu opinión que la de Jesús? ¿Resuelves siempre tus dudas después de consultar en la oración con tu Divino Consejero? O, por el con-

trario, obras con precipitación, llevada únicamente por el deseo de agradar a los demás o a ti misma? ¡Cuántas veces tendrás que decir con pena lo mismo que los apóstoles: "Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos conseguido". He trabajado mucho, dirás, me he multiplicado en obras de celo y no he conseguido nada.

Alma cristiana, mira a ver si ha sido por querer hacer en todo tu propia voluntad. Si ha sido así, vuelve pronto tu mirada a Jesús y dile con San Pedro: "En tu nombre, echaré la red". Trabajaré en tu nombre, Señor, seguiré tu consejo. Y, no dudes, el fruto será copioso.

Muchas obras de apostolado no tienen eficacia porque no van informadas por el consejo de Jesús. ¿Por qué no has de repetir cada día, alma piadosa, las palabras del apóstol San Pablo en

el momento de su conversión: "Señor, ¿qué queréis que haga?"

Sí, Dios mío, desde hoy acudiré siempre a Ti, Divino Consejero de mi alma, y haré todo lo que mandéis, aunque repugne a mi naturaleza.

Medítese y pídase la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

Siempre que he seguido las inspiraciones de tu gracia, oh Jesús, he sentido en mi interior la paz; y, en cambio, si alguna vez las he desoído, inmediatamente ha nacido en mi la intranquilidad y el pecado.

Hoy quiero a tus plantas hacerte esta confesión sincera para prometerte que en adelante he de buscar en todas mis cosas tu divino consejo.

Sé que no cumplo con menos: sé que tu bondad misericordiosa me aconseja dejar esa amistad que Tú, Señor,

y yo conocemos; abandonar ese libro que, como un ladrón, intenta robarme lo que más necesito en mi vida espiritual: la paz. Oigo ese consejo tuyo, Jesús, y quiero seguirlo, porque tus palabras tienen vida eterna.

Sé que he cerrado muchas veces los oídos a tus inspiraciones, a los avisos insistentes de tu gracia... Sé que tus consejos han vuelto muchas veces vacíos de mi correspondencia, pero desde hoy, ¡oh Jesús!, quiero seguirlos sin demora, quiero cumplirlos a la letra.

Tu Evangelio será mi lectura predilecta. En él oiré tu palabra y veré tus obras. Tu Sagrario será mi mejor consultorio, desde él me hablarás con voz tan dulce y queda, que no podré menos de escucharla. Tú serás, pues, mi único Consejero y, siguiéndote en todo, llegaré a la posesión de la gloria. Amén.

Se termina como el primer viernes.

NOVIEMBRE

MEDITACION

El Corazón de Jesús, fuente de santidad

Hoy vas a meditar, alma devota, acerca del fin de tu vida en la tierra, que no es otro que tu santificación.

No te asuste esta palabra. Observa cómo Jesús te mira desde el Sagrario y cómo está dispuesto a ayudarte en tan difícil empresa.

El es el Camino y andando por El y en El no te extraviarás. "Esta es la voluntad de Dios—dice San Pablo—, vuestra santificación." Y con todo,

¡qué pocas almas llegan a convencerse de esta clarísima verdad!

La santificación, alma devota, no consiste en cosas imposibles, Dios no puede pedir las y, sin embargo, Jesús dice claramente a todos en su Evangelio: "Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial". La santidad consiste en "amar a Dios con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas". Con otras palabras: En tener unida nuestra voluntad a la de Dios.

El Corazón de Jesús es Fuente de toda santidad porque El la tiene en grado supremo. En El "habita toda la plenitud de la Divinidad", es decir: toda santidad, El es la fuente inagotable de la cual deben participar todos los hombres.

Jesús fué modelo de santidad durante su vida mortal ajustando en todo su voluntad a la de su Padre. "Yo hago siempre lo que le agrada a mi Padre." ¡Qué palabras más luminosas

y más consoladoras para ti, alma cristiana! ¿Puedes tú decir, con verdad, que haces siempre lo que agrada al Corazón de Jesús? Entonces puedes estar contenta. ¿Has bebido de la fuente de donde mana toda santidad! Pero, si por el contrario, lejos de cumplir siempre lo que agrada a Jesús, cumples lo que te agrada a ti, entonces estás dejando pasar en balde el agua de la santidad sin recoger ni una sola gota en tu corazón!

Tenía el Corazón de Jesús tan adentrada en sí esta voluntad de su Padre, que la llamó, en cierta ocasión, su comida. "Mi manjar es hacer la voluntad de Aquél que me envió". Esta es la verdadera comida de Jesús y debe ser también la comida de todas las almas. Esta es la santidad que hay que conseguir y a la cual deben posponerse todas las demás cosas. La importancia que tiene la comida en la vida del cuerpo, esa misma debe tener la san-

tividad en la vida del alma. El cuerpo que no come se muere, el alma que no tiene santidad está muerta.

Jesús bajó del cielo a la tierra sólo para esto, para unir su voluntad en todo a la de su Padre. "Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino para hacer la voluntad de Aquél que me envió." ¿Puedes tú decir lo mismo, alma devota?

Tú has venido al mundo sólo para cumplir la voluntad de Dios. Pero mira a ver cómo la cumples. Mira a ver cómo trabajas por ser santa. Debes cumplir esa voluntad divina no solamente en los momentos de alegría, sino también en los de tristeza, cuando por ser más dificultoso, es también más meritorio su cumplimiento.

"Hágase tu voluntad y no la mía", exclamaba el Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos y el Padre le mandó un ángel del cielo que le confortó. Esta es la verdadera santidad a

que Dios te llama. Para alcanzarla procura acudir con frecuencia a sacar agua "de las fuentes del Salvador", y esa fuente no es otra que el Corazón abierto de Jesús de donde "brotó sangre y agua", símbolo de los sacramentos, principales canales de la gracia santificante.

Medítese y pídense la gracia que se desee conseguir.

COLOQUIO

¡Oh Jesús!, muchas veces oí hablar de santidad y otras tantas mi alma se acobardó y tembló ante esta palabra. Mi debilidad y mi poca generosidad me hicieron siempre creer que el ser santo no era gracia reservada a un alma tan ruin como la mía... Pero hoy veo cuán alejado he estado de la verdad, pues he pretendido buscar la santidad en donde no podía hallarla. Busqué el agua en cisternas secas que no pueden apagar la sed, y no me di cuenta que Tú eres, oh Jesús, la fuente in-exhausta de santidad.

Oigo que me dices, como a la samaritana: "El que bebiere del agua que yo le daré, no volverá a tener sed; pues el agua mía salta hasta la vida eterna". El agua que prometiste a la samaritana con tanta generosidad es la misma que hoy me ofreces a mí: es tu divina gra-

cia. Y esto precisamente es ser santo, estar en posesión de tu gracia.

Como la sabiduría, también la gracia está sentada a la puerta de mi alma esperando que la abra. La abro, Señor. Que entre tu gracia y entra Tú también, oh Jesús, y así habrá entrado la santidad en mí. Tú eres la fuente y quiero beber de tus aguas. Tú eres el único que puede saciar mis ansias de ser santo. Derrama sobre mi alma tu gracia santificante, semilla fecunda de santidad, y haz que un día esa semilla fructifique con fruto de gloria en el cielo. Amén.

Se termina como el primer viernes.

DICIEMBRE

MEDITACION

El Corazón de Jesús, puerta del cielo

Nada tan dulce para un desterrado como hablarle de su patria.

Nosotros todos, alma devota, somos "los desterrados hijos de Eva" y ¿qué meditación ha de sernos más consoladora en este último mes del año que la meditación del cielo, nuestra verdadera patria?

¡Qué hermoso pensamiento el del cielo! A cuántas almas ha hecho sentirse animosas en medio de las penas

más amargas! “Tan grande es el bien que espero que en las penas me deleito” ,decía el seráfico Padre San Francisco.

¿Y qué es el cielo? ¿Quién lo sabe! El Apóstol San Pablo, que fué arrebatado a él en vida, no acertó a decirnos más que estas palabras: “Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el entendimiento humano puede haber lo que Dios tiene reservado a sus escogidos”. El profeta Isaías vió a los serafines que no cesaban de clamar: “Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Ejércitos...” ¿Quién, pues, será capaz de decir lo que es el cielo? Nadie. Pero es cierto, alma devota, que en él veremos a Dios cara a cara y que esta será la esencia de toda nuestra felicidad.

Los Apóstoles vieron el cuerpo trasfigurado de Jesús en el monte Tabor y quedaron como muertos ante tanta hermosura. ¿Qué será, pues, ver, no ya el cuerpo mortal de Jesús trasfigurado

LIBRERIA
MISERICORDIA

por unos momentos, sino ver la esencia divina y los cuerpos gloriosos de Jesús, de la Santísima Virgen y de todos los santos?

“Si tan dulce es llorar por Ti, exclamaba San Agustín, ¿qué será el gozar de Ti?” Si el consuelo pasajero que Dios regala a algunas almas en este mundo tanto llena, ¿qué será verse anegada en aquel “torrente de felicidad” en el cual estarán los bienaventurados? ¡Verdaderamente que no es extraño que los santos se quedasen extasiados ante este pensamiento!

Pero, ¿quién subirá al monte del Señor o logrará entrar en él, ¿Quién entrará en el cielo? Unicamente el que entre por su puerta, y la puerta del cielo es Jesús. “Yo soy la Puerta—dice El mismo—, el que por Mí entrare se salvará.”

Medita hoy, alma devota, en estas palabras que te dice Jesús. Sólo entrando por El podrás llegar al cielo.

“No nos ha sido dado otro nombre en que podamos ser salvos que el nombre de Jesús.” ¿Lo ves, alma devota? Sólo Jesús puede abrirte la puerta del cielo, sólo a El, pues, debes buscar. Búscale en el Evangelio, búscale, sobre todo, en el Sagrario. Ahí le encontrarás y te abrirá.” ¡Oh Hostia salvadora, canta la Iglesia, que abres de par en par la puerta del cielo!” “Abre-me a mí, oh Jesús, para que no me pierda. Cuando se medita con frecuencia en este pensamiento del cielo, ¡qué pequeñas parecen las penas de esta vida! ¡Verdaderamente que “nada son los sufrimientos de la vida presente comparados con la gloria que esperamos!”

Anímate, pues, alma devota, a sufrir con este pensamiento del cielo... En aquella feliz mansión ya “no habrá llanto, ni gritos, ni habrá dolor”, sino gozo sempiterno y dicha completa. ¡Oh Dios mío! Ahora comprendo

lo mucho que me amas. Ese cielo que me tienes reservado es la última prueba de tu amor infinito. Quiero pensar con frecuencia en esta verdad consoladora y, cuando la vida me llene de amargura, me acordaré del cielo...

El cielo será mi continuo pensamiento y mi única ilusión.

¡Oh Rey mío! "Venga a nosotros tu reino". No solamente el reino de tu Divino Corazón, sino también el reino de tu gloria... Abreme, oh Rey, la puerta de tu reino. Que los que hoy te aclamamos como Rey en la tierra, tengamos la dicha de reinar contigo eternamente en el cielo. Amén.

Medítese y pídase la gracia que se desea conseguir.

COLOQUIO

¡Oh Jesús, divina Puerta del cielo, heme aquí, deseoso de penetrar por ella! Sé que aún tendré que sufrir y llorar en este valle de lágrimas antes de que esa puerta se abra para siempre ante mis ojos extasiados. Pero mientras llega ese día de felicidad y de luz, quiero entrar repetidas veces por la puerta de tu Corazón para poder admirar los tesoros y las riquezas insondables de tu amor.

¡Qué consuelo para mí el pensar que Tú, oh Señor, eres la puerta del cielo! ¡Ahora sí que espero salvarme apoyado en tu misericordia y contando con mi correspondencia! Estoy a la puerta y llamo. Llamo a tu Corazón para que me abra; llamo a tu Corazón para que me deje pasar; llamo a tu Corazón para que cierre detrás de mí la puerta de su amor y a mí no me deje salir jamás.

¡Qué dulce es vivir encerrado en tan divina morada!...

Pero lo que más me consuela es que esta puerta de tu Corazón, que hoy tan generosamente se abre para que pueda admirar y gozar sus tesoros, un día me abrirá de par en par la del cielo!... Mientras llega ese día de luz y de felicidad quiero cantarte, oh Jesús, la canción del agradecimiento: Alabado sea el Corazón de Jesús, causa de nuestra salud. A El sea dada toda alabanza por los siglos de los siglos. Amén.

Se termina como el primer viernes.

Letanías del Corazón de Jesús

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, óyenos.

Cristo, escúchanos.

Padre Eterno, Dios de los cielos.

Dios Hijo, Redentor del mundo.

Espíritu Santo, Dios.

Santa Trinidad, un solo Dios.

Corazón de Jesús, Hijo del eterno
Padre.

Corazón de Jesús, formado por el Es-
píritu Santo en el seno de una Ma-
dre Virgen.

- Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios.
- Corazón de Jesús, de majestad infinita.
- Corazón de Jesús, santo templo de Dios.
- Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo.
- Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo.
- Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad.
- Corazón de Jesús, receptáculo de justicia y de amor.
- Corazón de Jesús, lleno de amor y de bondad.
- Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes.
- Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza.
- Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones.
- Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

- Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad.
- Corazón de Jesús, en quien el Padre se complace mucho.
- Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido.
- Corazón de Jesús, deseo de los collados eternos.
- Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia.
- Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan.
- Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad.
- Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados.
- Corazón de Jesús, saciado de oprobios.
- Corazón de Jesús, triturado por nuestros delitos.
- Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte.
- Corazón de Jesús, atravesado por una lanza.

Corazón de Jesús, fuente de toda consolación.

Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra.

Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra.

Corazón de Jesús, víctima de los pecadores.

Corazón de Jesús, salud de los que en Ti esperan.

Corazón de Jesús, esperanza de los que en Ti mueren.

Corazón de Jesús, delicia de todos los santos.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo. Ten misericordia de nosotros.

V.—Jesús manso y humilde de Corazón.

R.—Haced nuestro corazón semejante al vuestro.

ORACION

¡Oh Dios! que, en el Corazón de vuestro Hijo, herido por nuestros pecados, nos prodigásteis misericordiosamente los tesoros infinitos de vuestro amor, concedednos, os rogamos, que presentándole el devoto obsequio de nuestra piedad, cumplamos también con el deber de una digna satisfacción. Por el mismo Señor nuestro Jesucristo que contigo vive y reina, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Consagración al Sagrado Corazón de Jesús

(Fórmula de Pío XI)

Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano, miradnos humildemente postrado delante de vuestro altar: vuestros somos y vuestros queremos ser, y a fin de poder vivir más estrechamente unidos con Vos, todos y cada uno espontáneamente nos consagramos en este día a vuestro Sacratísimo Corazón.

Muchos, por desgracia, jamás os han conocido. Muchos, despreciando vuestros mandamientos, os han desechado. ¡Oh Jesús benignísimo! Com-

padeceos de los unos y de los otros y atraedlos a todos a vuestro Corazón Sacratísimo. ¡Oh Señor! Sed Rey, no sólo de los hijos fieles que jamás se han alejado de Vos, sino también de los pródigos que os han abandonado. Haced que vuelvan pronto a la casa paterna, porque no perezcan de hambre y de miseria. Sed Rey de aquellos que, por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de Vos; devolvedlos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que, en breve, se forme un solo rebaño y un solo Pastor. Sed Rey de los que permanecen todavía envueltos en las tinieblas de la idolatría y del islamismo: dignaos atraerlos a todos a la luz de vuestro reino. Mirad finalmente, con ojos de misericordia, a los hijos de aquel pueblo que en otro tiempo fué vuestro predilecto; descienda también sobre ellos el bautismo de redención y de vida, la Sangre que un día contra

sí reclamaron. Conceded, ¡oh Señor!, incolumidad y libertad segura a vuestra Iglesia; otorgad a todos los pueblos la tranquilidad en el orden y haced que del uno al otro confín de la tierra no resuene sino esta voz: *Alabado sea el Corazón de Jesús, causa de nuestra salud. A El se entonen cánticos de honor y de gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

Acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús

¡Oh dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago de los ingratos más que olvido, negligencia y menosprecio! Vednos postrados ante vuestro altar para reparar con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas

partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

Mas recordando que también nosotros alguna vez nos manchamos con tal indignidad, de la cual nos dolemos ahora vivamente, deseamos, ante todo, obtener para nuestras almas vuestra divina misericordia, dispuestos a reparar con voluntaria expiación, no sólo nuestros propios pecados, sino también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación y obstinados en su infidelidad, o no quieren seguirnos como a Pastor o Guía, o conculcando las promesas del Bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de vuestra ley.

Nosotros queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra Vos y contra vuestros santos,

los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al Orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el mismo Sacramento del Amor, y en fin, los públicos pecados de las naciones que oponen resistencia a los derechos y al magisterio de la Iglesia por Vos fundada.

¡Ojalá que nos fuese dado lavar tantos crímenes con nuestra propia sangre! Mas entre tanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con la expiación de la Virgen nuestra Madre, de los Santos y de las almas buenas, os ofrecemos la satisfacción que Vos mismo ofrecísteis un día sobre la Cruz al Eterno Padre y que diariamente se renueva en nuestros altares, prometiendo de todo corazón que, en cuanto nos sea posible, y, mediante el auxilio de vuestra gracia, repararemos los pecados propios y ajenos y la indiferencia de las almas hacia vuestro amor, oponiendo la fir-

meza en la fe, la inocencia de la vida y la observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la caridad, mientras nos esforzamos, además, por impedir que seáis injuriado y por atraer a cuantos podamos para que vayan en vuestro seguimiento.

¡Oh benignísimo Jesús! Por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, os suplicamos que recibáis este voluntario acto de reparación; concedednos que seamos fieles a vuestros mandatos y a vuestro servicio hasta la muerte y otorgadnos el don de la perseverancia, con el cual lleguemos felizmente a la gloria, donde en unión del Padre y del Espíritu Santo vivís y reináis, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Exposición y reserva del Santísimo Sacramento

(En la exposición se canta lo que sigue)

Pange, lingua, gloriosi,
córporis mysterium.

Sanguinisque pretiosi
quem in mundi pretium
fructus ventris generosi
rex effudit gentium.

(En la reserva se canta.)

Tantum ergo Sacramentum
veneremur cernui,
et antiquum documentum
novo cedat ritui;
praestet fides supplementum
sénsuum defectui.

Genitori Genitoque

laus et jubilatio,
salus, honor, virtus quoque
sit et benedictio;

Procedenti ab utroque
cómpar sit laudatio. Amén.

S.—Panem de coelo praestitisti eis.
(T. P. Alleluja.)

M.—*Omne delectamentum in se ha-*
bentem. (T. P. Alleluia.)

S.—*Oremus.* Deus, qui nobis sub
Sacramento mirábili Passionis tuae
memoriam reliquisti; tribue, quaesu-
mus, ita nos corporis et sanguinis tui
sacra mysteria venerari ut redemptio-
nis tuae fructum in nobis júgiter sen-
tiamus. Qui vivis et regnas in saecula
saeculorum.

M.—*Amén.*

*Alabanzas a Dios en reparación de las
blasfemias.*

Bendito sea Dios.

Bendito sea su santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.

Bendita sea su santa e Inmaculada Concepción.

Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.

Bendito sea San José su castísimo Esposo.

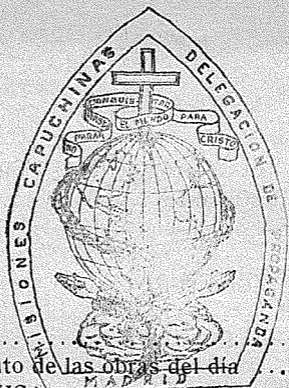
Bendito sea Dios en sus Angeles y en sus Santos.

(Cinco años cada vez. Plenaria al mes.)

A. M. D. G.

I N D I C E

INDICE



Páginas

<i>Al lector</i>	5
Ofrecimiento de las obras del día	8
SANTA MISA	11
<i>Para después de comulgar</i>	49
Oración a Jesús Crucificado	49
Alma de Cristo	50
Oración de S. Buenaventura	51
Quince minutos en presencia de Jesús Sacramentado	52
A la santísima Virgen	59
<i>Oración preparatoria</i>	60
ENERO.—Llamamiento del Corazón de Jesús	62
FEBRERO.—Vida íntima con el Cora- zón de Jesús	68
MARZO.—La Pasión de Jesús	73

ABRIL.—El Corazón de Jesús viviendo en nuestra alma	79
MAYO.—Los deseos del Corazón de Jesús	85
JUNIO.—El Corazón Eucarístico de Jesús.	91
JULIO.—El Corazón de Jesús, descanso de las almas buenas.	98
AGOSTO.—El camino del cielo.	104
SEPTIEMBRE.—El Corazón de Jesús, fuente de toda consolación.	111
OCTUBRE.—El Corazón de Jesús, divino Consejero	117
NOVIEMBRE.—El Corazón de Jesús, fuente de santidad.	123
DICIEMBRE.—El Corazón de Jesús, puerta del cielo.	130
<i>Letanías al Sagrado Corazón.</i>	137
Consagración al Sagrado Corazón de Jesús.	142
Acto de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús.	144
Exposición y reserva del Santísimo Sacramento.	148



